

AGAMENON DE ESQUILO

VERSION RITMICA Y RECONSTRUCCION EXPLICADA

Oportet poetam poetae mentem interpretari.

JERARQUIA DE LOS AGONISTAS

<i>Protagonista</i>	AGAMENÓN. ATALAYA. NUNCIO.
<i>Deuteragonista</i>	CLITEMNESTRA.
<i>Tritagonista</i>	CASANDRA. EGISTO.

C O R O

DOCE MAGNATES DE ARGOS
(uno con actuación de Corifeo).

Sacerdotisas, Efebos, Satélites, Pueblo.

ESCENA Y ORQUESTA

En el tercer plano Argos, la ciudad del oro y la púrpura, la de elegantes y fáciles mujeres, de locúpletos palacios, de templos vetustos por arquitectura y sabiduría, la de alípedos corceles. A lo lejos el padre río Inaco y el pico Aracnaio, rudo vigía.

En el segundo plano la plaza de la Acrópolis; a su izquierda el micenaico palacio Atrida. Sus gradas se prosternan ante los tres ojos ceñudos de Zeus Lariceo y la columna fatídica de Apolo. En el primer plano el logeión desierto. En el hemicíclo de la Orquesta la thymeles y un rayo de luna. (1)

(1) Me permito recordar otras de mis versiones y reconstrucciones: Edipo Rey, Antígona, Hécuba, Hipólito, Medea, Las Bacantes.

Desaparecieron las Pléyades lluviosas. La noche estival de plenilunio se obscurece en su ocaso. Duerme la ciudad. Sus varones fuertes zarparon diez años ha contra Troya en los mil navíos de la flota Argiva, vengadora de la afrenta de Paris. Quizás descansa también la reina Clitemnestra, segura, pues sobre el terrado del palacio se desvela, velando como un perro, un guardián, uno de los personajes humildes del teatro griego, de quienes trató Antonio Maselli.

No por orden de Egisto, como en Homero, sino de Clitemnestra, el insomne Atalaya, perro y gato a la vez, desde el techo Atrida deberá descubrir la señal luminosa con que Agamenón prometió anunciar la victoria por medio de fuegos encendidos sucesivamente sobre los más altos montes, el Ida en la Troade, el Ermaio en Lemnos, el Athos en la Calcídica, el Macisto en la Eubea, el Mesapio y el Citerón en la Beocia, el Egiplanto en la Megárida, el Aracnaio en la Argólida.

No es por cierto el amor conyugal que hace solícita a Clitemnestra definida por Esquilo como "andróbulon", de voluntad viril. No en vano es hermana de Timandra y de Helena, a quienes Stesícoro apoda como bígamas, trígamas, adúlteras.

El Atalaya dirá: entorpece mi lengua un pesado secreto. Añadirá luego: tuviesen voz, hablaran estos muros.

Los motivos del mito y de su humanización dramática inspiran el tema melódico del Prólogo, en este teatro espectral de Esquilo y en este drama que es todo un sacrificio expiatorio; y subrayarán en paracatalogué o melólogo, según Plutarco, los primeros endecasílabos, trímetros yámbicos en el original. (1)

PROLOGO

EL ATALAYA. — (No apartando su mirada del Aracnaio).

¡Númenes, libertadme de este peso!

Ya desde un año sobre el techo Atrida
me desvelo velando como un perro.

Vi las fiestas nocturnas de los astros,
que traen al mortal, verano, invierno,
luceros del aurora y del ocaso,

(1) Véase mi Estudio Crítico: *El Teatro Espectral de Esquilo*.

dinastas refulgentes de los cielos.

Vigío aún tras la señal del fuego,
llamarada, que anuncie desde Troya
la gloria de su estrago. . . Así lo manda
de varonil mujer el alma ansiosa.

¡Noctívago, rociado lecho el mío,
ya no más por los sueños visitado!

En vez del sueño está a mi lado el miedo,
miedo de que el sopor cierre mis párpados.
Cuando cantar, canturrear pretendo
para hallar un antídoto al cansancio,
de este palacio el mal lloro y lamento,
como antaño en virtud no gobernado.

¿¡Qué no aparece el fin de mi tormento,
el buen anuncio del nocturno faro!?

(De pronto se dibujan sobre el horizonte obscuro las llamaradas, pregoneras de la caída de Troya. El Atalaya queda perplejo un instante, luego con regocijo exclama en anacrusis).

¡Oh, oh! . . .

¡Salud, oh faro que en la noche alumbras
como un Sol! Muchas fiestas, coros, danzas
surjan en Argos, pues la gloria es mucha.

De Agamenón avisaré a la esposa.
Que deje el lecho, y todos en las casas
con clamor, con fervor esas antorchas
saluden sin tardar. . . ¡De Ilión las torres
cayeron! Estas llamas lo pregonan.

(Con creciente júbilo y jactancia).

Soy el primero en preluar el canto.

¡Albricias por la suerte de mis dueños!

Tres veces seis señálanme los dados. . .

(Alude al número más alto en el juego con tres dados, o a la repetición del seis, tres veces consecutivas). •

¡La mano amada de mi Rey que llega
pueda, ojalá, tocar con esta mano!

(De súbito, con tristeza, bajando de tono).

Lo demás callaré. Mi lengua oprime,
más que un pesado buey, secreto impío.
Tuviesen voz, hablaran estos muros.
Digo al que sabe . . . al que no sabe olvido.
(*Desaparece el Atalaya. Las señales de fuego se han apagado en lontananza*).

P Á R O D O

(*Se inicia la música de esta Párodos, que debe ser considerada, por su extensión y complejidad de evocaciones, como el canto inicial de toda la trilogía. Lentamente van entrando los Magnates de Argos, ancianos perseguidos por el incubo de la noche. Quizás quieren interrogar a Clitemnestra, quizás a sus propios espíritus acongojados por los diez años de la lejana guerra y por trágicos recuerdos. Los envuelve el tenue velo de la claridad del alba. Son doce Magnates, once en función de Coreutas y uno en la de Corifeo, que mirando hacia el palacio Atrida circundan rítmicamente el ara de Dionisos. Los músicos y sus directores no han de verse por el público. El metro del original es el anapesto, cuyos ritmos inspiran mi versión*).

CORIFEO. —

Es éste el año décimo desde que Menelao,
el grande adversario de Priamo,
y Agamenón nuestro rey,
firme pareja de Atridas,
honrada por Zeus con dúplice cetro, con dúplice trono.
soltaron desde estas orillas
los mil navíos de la flota Argiva,
vengativa, belígera,
alzando del pecho un potente grito de guerra,
como los buitres
cuando en torno al roto nido,
perdidos sus hijos, perdido su dulce cuidado,
con desesperado
dolor
remolinando van,

hundiendo en el aire el remo del ala;
y Apolo o Zeus o Pan
u otro Numen altísimo, oído
el aullido de sus altos, alados vecinos,
contra quien ofendiéralos guía,
aunque tardía, a la Erinnia.

Así el fuerte Zeus de los huéspedes,
por una mujer, que fué de muchos esposa,
contra Paris arroja
a los hijos de Atreo;
y con luchas sin fin que fatigan los cuerpos,
¡rodillas que en el polvo se reclinan,
lanzas quebradas en la arremetida!,
a Troyanos y Dánaos juntamente castiga.

Lo que ha de ser será:
se ha de cumplir el Destino.

Lágrimas, libaciones, sacrificios
no aplacarán la cólera divina.
Los sacrificios no levantan llamas:
el cielo rechazó toda plegaria.

Nosotros, carne anciana
sin precio, no admitidos en las naves,
nos quedamos aquí.

En el bastón sustentamos nuestras fuerzas flaqueantes...
no somos más fuertes que en la edad infantil.
Es inspirado por la misma esencia
el ánimo del niño y del anciano:
Ares no los gobierna.

¡Mísera senectud, marchitas hojas!,
sobre tres pies caminas;
más débil que la infancia
vagas. nocturno espectro en pleno día.

*(El canto languidecía en los versículos de la senectud amarga.
Lejanos cantos llegan ahora a la escena y a la orquesta ocu-*

pada por el Coro de los Magnates. Aromas de incienso y sahumerios se difunden en torno.

Aparece la reina Clitemnestra, rodeada de sacerdotisas y fámulas, que traen en sus manos ofrendas sagradas.

En vano los Magnates dirigen su saludo e interrogan a la reina. Muda para ellos, sólo absorta en su misterio, en su esquiliano silencio, ella cruza la plaza de Argos con el cortejo, en dirección a las aras expiatorias. Como en el pasaje coral que antecede, la voz del Corifeo será intérprete del pensamiento de todos los Magnates, que seguirán con la expresión cada una de sus palabras. Estas serán escandidas sobre el ritmo de la paracatalogué, eso es tendrán carácter de melólogo. La intensidad musical deberá ser medida adecuadamente, así que en ningún momento empañe la claridad del verso).

CORIFEO. — (*A Clitemnestra, en tono suplicante*).

Reina Clitemnestra,
hija de Tíndaro,
¿qué aconteció? ¿qué nuevas?
¿Por qué anuncios en todas
partes sacrificios ordenas?

(*Mirando hacia los templos*).

Las víctimas alegran los altares
de todas las deidades protectoras,
celestes, infernales,
Dioses de nuestro umbral y nuestra agora.

(*Las llamas de los sacrificios se reflejan en todas partes*).

Aquí, allí, la altísima llama
al cielo levántase,
alimentada por la caricia suave
del puro y sagrado óleo sin mezcla,
de tus regios depósitos ofrenda.
Habla: lo que es posible, lo que es lícito
revélanos.
¡Sé de estas ansias médico!
Ellas turban contrarias mi mente.

Pero al ver tanta ofrenda votiva,
surge en mí la esperanza . . . y las penas
insaciables, roedoras disipa . . .

(Clitemnestra, ahora invisible, parece irradiar en la escena sus pensamientos adversos. Sacerdotisas y efebos, cerrando el cortejo de la reina, se han detenido en la escena. Siguen en actitud religiosa las fases de la ceremonia. Su voz se asociará por momentos a la de los Magnates.

Estos rodean la thymeles o ara de Dionisos, cantando en coro. Se inicia el sistema estrófico en versos dactílico trocaicos con "ephymnion" o estribillo).

Estrofa I

Celebre mi canto la fuerza, la ruta auspiciosa
de los héroes Atridas . . . Un soplo divino me inspira,
inspira mi estrofa:
cobra alientos mi edad.

(Las partes corales serán dichas con carácter de melólogo, eso es sobre un velo de música aulética y citarédica, por voces masculinas, alternando su recitación los Magnates).

MAGNATE I. —

El águila belígera auspició contra el reino de Teucro
a dos aliados, dos reyes de la joven helénica gente;
guió la venganza de dos tronos Aqueos,
armados de lanza su mano potente.

MAGNATE II. —

¡El rey de las aves dió su augurio a los reyes de las naves!
Dos águilas fueron:
toda negra la una, de cándida espalda la otra,
que junto al palacio,
a la diestra, que es la mano que arroja la lanza,
aparecieron
en el fulgor de los cielos . . .

devorando una liebre preñada,
caída en su fuga postrera.

(Ahora el ímpetu del himno se propaga a toda la orquesta y a la escena. La voz de las sacerdotisas y de los efebos se asociará a la de todos los Magnates, cantando el Ay Linos, uno de los antiguos cantos populares de la Hélade, en que se evocaba la muerte del hermoso adolescente. Toda la obra de este genio de Eleusis es una extensa canción popular y religiosa).

TODOS. —

Ay Linos, cantemos tu lúgubre canto:
pero llegue por fin la Victoria.

Antistrofa I

MAGNATE III (*paracatalogué*). —

Calcas, el sabio adivino,
en las dos aves rapaces,
devoradoras de la liebre, vió
simbolizados a los dos Atridas,
jefes de nuestra guerra.
Y así explicó el prodigio:
Con el tiempo esta armada
destruirá los baluartes de Priamo:
los muchos tesoros que el pueblo juntó
en sus torres,
la Parca ha de anularlos con furor.

MAGNATE IV (*paracatalogué*). —

¡Que de algún Numen el odio no empañe
el freno que ya
para Troya supimos forjar!

A esta casa es adversa la virgen Artemis,
y a las águilas, alados mastines de Zeus,
que devoraron la tímida

liebre y su cría.

¡La diosa aborrece el festín de las águilas!

TODOS (*canto*). —

Ay Linos, cantemos tu lúgubre canto:
pero llegue por fin la Victoria.

Epodo

MAGNATE I (*paracatalogué*). —

Es benévola esta virgen hermosa
a los tiernos cachorros de garrudos leones,
a todo agreste lactante,
a todos los hijos de todas las fieras.
Pero ansía se cumpla el augurio.
Favorables a un tiempo y siniestras
nos fueron las águilas.

¡Te invoco, oh Peán salvador!
Que Artemis con vientos contrarios
no retarde las naves helenas,
obligándonos a un sacrificio
sin festín, muy diverso, ominoso,
motivo de luchas domésticas,
fatales para un esposo.

¡Recrudece feroz, siempre alerta,
engañoso señor de la casa,
el rencor maternal, que no ceja!

Así Calcas cantó de las águilas
el augurio, al zarpar nuestra armada;
y al palacio real anunció
mucho bien y también mucho mal.

TODOS (*canto*). —

Concordes con él,
ay Linos, cantemos tu lúgubre canto;
mas la Dicha no tarde en vencer.

Estrofa II

(*Mientras en toda la ciudad arden los holocaustos, las Sacerdotisas entonan a Zeus su plegaria. Nótese los atributos del Zeus de Esquilo*).

SACERDOTISA I. —

¡Oh Zeus, quien quiera que seas,
si con este nombre te agrada te llamen,
con éste te invoco!

Si bien reflexiono, ¿con quién
compararte podría?
¡Oh Zeus, oh Zeus! Tú solo
ahuyentas, disipas
los vanos pesares de mi corazón.

Antistrofa II

SACERDOTISA II. —

Aquel que primero fué grande y brilló
por fuerza y poder. . .
grande fué: nada es hoy.

El que segundo reinó. . .
también vencido tuvo que caer.

Quien a Zeus con fe
su epinicio dedica,
logrará sabiduría.

Estrofa III

SACERDOTISA III. —

Zeus guió al hombre por las sendas
del saber;
con el dolor la experiencia
nos hizo obtener.
El recuerdo, la angustia

del pesar y el dolor,
en el sueño destilan
dentro del corazón;
y el hombre aunque no quiera se ilumina.
Desde su noble asiento
los Dioses poderosos nos dispensan
esta gracia divina.

Antistrofa III

(La humareda sagrada de los sacrificios evoca en el ánimo del Coro otro sacrificio, el de Ifigenia, propiciatoria a la vez e infausta víctima de la ambición de Agamenón. Sus voces, a quienes los instrumentos músicos en sordina prestarán ala y color, van tejiendo el lienzo doloroso del martirio de la mítica doncella).

SACERDOTISA I. —

El soberano mayor
de las naves Átridas,
Agamenón,
no despreció al adivino;
y así sopló en las fraguas del Destino.

Sin zarpar, ya sin víveres la flota
frente a Calcis sufría,
del Áulide en las costas fragorosas.

Estrofa IV

SACERDOTISA II. —

Vientos contrarios de Estrimón llegaban,
vientos de atrasos, de hambre y desabrigo,
perdición de los hombres,
de naves y de amarras exterminio.
Doble les parecía
el tiempo de la espera . . .
la flor de los Argivos parecía.

En el nombre de Artemis el profeta
aconsejó a los jefes un remedio
más grave que la amarga tempestad;
tal que al oírle entrambos los Atridas
la tierra golpearon con el cetro,
y no pudieron menos que llorar.

Antístrofa IV

SACERDOTISA III. —

Y el mayor de los héroes así dijo:
¡Triste suerte! Ay de mí, si no obedezco.
¡Triste suerte también si inmolo a mi hija,
ídolo de mi hogar,
y en un torrente de virgínea sangre
mancillo mis paternas
manos, junto al altar!
Nada de esto es sin mal.
¿Debo huir de mis naves,
y mi empresa dejar? . . .
¡La sangre de esta virgen se derrame!
Los odios y los vientos calmará.
Es mi deber, y para bien será!

Estrofa V

SACERDOTISA I. —

Así le ató el Destino a su coyunda.
Sopla en su mente el vendaval impío,
profano, impuro . . . su razón se nubla
meditando la audacia del delito.

La mísera demencia,
la consejera audaz,
audacia da a los hombres,
es esencia del mal.

Así atrevióse a ser
inmolador de su hija,

para salvar las naves . . .
en una guerra por una mujer.

Antístrofa V

SACERDOTISA I. —

Nada valió la súplica filial,
nada valió su rostro virginal:
los hombres sólo ansiaban pelear.

(Va llegando a su cumbre patética la expresión de la Sacerdotisa. Parece transfigurada en la misma virgen Ifigenia. Los Magnates de la Orquesta se han dividido en dos hemícoros. Los sacrificios de Argos no son ahora sino el sacrificio de Ifigenia. Esta es inmolada otra vez espiritualmente ante los ojos de los Argivos, no en la Aulide a la espera de vientos propicios, sino en la misma Argos, en este día de victoria. De la palabra divina del verso, como otrora de la ancha herida de su garganta, brota otra vez la sangre virginal. Todos están mudos e inmóviles escuchando a la encantadora. También la música, para escucharla, camina en puntas de pie, deja oír apenas sus acordes, latidos de angustia. . .).

El mismo padre tras la invocación
a sus ministros mandó
que cual tierna cabrita, sobre el ara
en sus peplos envuelta
con todo valor levantándola
supina la acostasen;
y de la hermosa boca sofocasen
la maldición contra su hogar
con fuerte con muda mordaza.

Estrofa VI

SACERDOTISA II. —

Sus encajes de croco
ella de pronto al suelo derramó:

lanzó con la mirada a sus verdugos
dardos de compasión.
Hermosa y pura
como en una pintura,
hablarles quiso . . . ella que tantas veces
los ricos convites del padre alegró,
que virginal y casta con su voz,
en triple libación,
la vida gloriosa
del padre querido, piadosa cantó . . .

Antistrofa VI

SACERDOTISA III. —

Cuanto luego siguió, lo ignoro y callo.
Pero el arte de Calcas
nunca ha sido falaz.

Con la experiencia del dolor enseña
al hombre el porvenir la eterna Dike.

Quien prevé su llegada se alegre . . .
sabe así anticipar sus suspiros.

(Las palabras brotan de sus labios con temblor de vaticinio).

La luz ha de llegar. . . con luz . . . de aurora .

(Se interrumpe. Clitemnestra se acerca, volviendo de los templos de Apolo Liceo y Zeus Nemeo. Erguida y arrogante se ha detenido junto a la estatua del Lariceo de tres ojos. Hacia ella dirige la Sacerdotisa, inclinándose, sus últimas palabras).

¡Luz propicia nos llegue, cual desea
este único sostén de la Apia tierra!

(Apia Tierra, Tierra del agua o de Apis, el Peloponeso y en particular Argos, la húmeda. Las melodías, los ritmos, las voces, las llamas se han extinguido. Silencio profundo, ansiedad estática son como un nimbo en torno a la Protagonista).

EPISODIO I

(Clitemnestra ha llegado al centro del logeión. Las Sacerdotisas y los Efebos se han apartado hacia ambos lados. Lo mismo habrán hecho las acompañantes de la reina.

De entre los Magnates de la Orquesta surge la voz del Corifeo. Interroga por segunda vez a la Dominadora de Argos, en nombre de todos los Magnates).

CORIFEO. —

Clitemnestra, obedezco tu poder.
Por ausencia del Rey, vacante el trono,
respetar a su esposa es mi deber.
¿Recibiste mensajes auspiciosos
o es sólo en la esperanza de algún bien
que ofreces hostias? Habla: oírte anhelo.
Mas si callas . . . respeto tu silencio.

CLITEMNESTRA. — *(Rompe por fin su mutismo característico del genio espectral de Esquilo. La mujer de ánimo viril quiso que se cumplieran los sacrificios sin manifestar otro motivo que su voluntad).*

¡Con buen anuncio, según nuestro adagio,
nace la aurora de la madre noche!
Oirás, como no esperas, fausta nueva.
¡Los Argivos a Troya han derribado!

CORIFEO. —

¿Qué dices? Tu palabra es increíble.

CLITEMNESTRA. —

Ilión es del Argivo. ¿No hablé claro?

CORIFEO. —

¡Oh gran placer que a lagrimar obliga!

CLITEMNESTRA. —

Patriotismo tus lágrimas revelan.

CORIFEO. —

Del hecho has de tener pruebas seguras.

CLITEMNESTRA. —

Las tengo, ¿cómo nó?, si un Dios no engaña.

CORIFEO. —

¿Consideras verdad visión de ensueños?

CLITEMNESTRA. —

Nunca creí en la mente adormecida.

CORIFEO. —

¿Vanos rumores tu ánimo pacieron?

CLITEMNESTRA. —

¿Piensas que soy adolescente necia?

CORIFEO. —

¿La ciudad desde cuándo fué vencida?

CLITEMNESTRA. —

Desde la noche que engendró este día.

CORIFEO. —

Tan rápido llegar no puede un Nuncio.

CLITEMNESTRA. — *(Con ademán de victoria, inicia el relato de las señales luminosas transmitidas, según lo acostumbraron antes los Persas, desde el Ida hasta Argos. Hefestos, dios del fuego, le ha sido propicio. Es él que con su*

tea ha comunicado la misma noche la derrota de Troya. La hábil simuladora se exalta. Su palabra evoca el tumulto de la carrera del fuego o lampadoforia. Los Argivos la siguen en su narración con el entusiasmo de las contiendas del estadio. La reina es la vencedora. Es una antorcha viviente, arrojada fulmínea desde la Troade a la tierra Inaquia).

Hefestos irradió un fulgor del Ida . . .
De luz en luz ha sido nuestro nuncio
el fuego . . . El Ida lo irradió al Ermaio
peñón de Lemnos, Lemnos a la cumbre
de Zeus, el Athos, que brilló tercero.
Altísima, por sobre el mar volando,
crece la furia de la alegre antorcha,
arroja como un Sol, toda oro y rayos,
su fulgor del Macisto hasta las rocas.
Y él solícito, pronto, no vencido
del sueño, alzó las llamas del mensaje.
Cruza la pira el curso del Euripo,
ya saluda a los guardias del Mesapio.
Fuego con fuego, anuncio con anuncio
urgen todos, quemando árida erica.
Siempre viva la luz no palidece,
traspasa, símil a festosa luna,
de Asopo la llanura. He aquí que enciende
el Citerón mil ínfulas de fuego,
he aquí que en torno a la veloz hoguera
atizan sus fogatas los custodios.
Saltó el incendio las gorgopias charcas,
y asaltados los picos de Egiplanto,
llamó a los guardias, les pidió más llamas
Todos, todos con ímpetu alentaron
luengas barbas de fuego, que más altas
que el Sarónico vértice eleváronse,
radiosas invadieron el Arácnico
peñón, de la ciudad rudo vigía;
y al techo Atrida así llegó la antorcha . . .
fué padre de su padre el fuego de Ida.
En la carrera de la luz gloriosa
mis custodios mis órdenes cumplieron.

Del último al primero los proclamo
vencedores. . . ¿Oísteis? El anuncio
que el Rey mandó de Troya, ¡así ha llegado!

(El Coro corona a la Reina con un grito de júbilo).

CORIFEO. —

A los Dioses, oh reina, daremos gracias.
Quisiéramos que ahora prosiguieras
para alegrarnos más. . . ¡Háblanos, habla!

CLITEMNESTRA. — *(Ante los Magnates, las Sacerdotisas, los Efebos y la exhausta gente de Argos desfilan escenas de devastación. Quisieran que nunca se acallase la palabra que intensifica y prolonga en su ánimo el goce de la buena nueva).*

¡Hoy son dueños de Troya los Argivos!
(Pausa).

De discordes clamor, pienso, retumba
la ciudad toda; que en la misma copa
vinagre con aceite derramando
verás cuán tenazmente se disocian.

Así de vencedores y vencidos
son diversas las suertes y las voces.

Llora el hermano junto a los despojos
del hermano; los padres, los ancianos
junto a los hijos que engendraron lloran
ya no con libre llanto y libre rostro
de sus amores la fatal congoja.

Tras la vigilia de sangrienta noche
hambre y cansancio al vencedor acosan;
corre por la ciudad, doquier consiga
saciarse y descansar. . . Todo es desorden.
Doquiera la ventura le va guiando,
aquí, allá, en las moradas de vencidos
troyanos, cada cual hase instalado,
contento pues al fin se ve al abrigo
de la helada inclemente. . . y sin alarmas,
del sueño gozará la noche entera.

¡Ojalá no profanen a los Dioses
tutelares de Troya y sus altares!
¡Nunca así quien venció será vencido!
¡Que ilícitos deseos no penetren
en su alma o los domine la codicia!

Les falta aún que obtengan buen retorno
a sus hogares; falta que recorran
en el estadio la segunda vuelta.

(La amonestación ominosa respecto del vencedor oculta una esperanza inconfesable. ¿Llegará o perecerá Agamenón?).

Mas si en algo a los Númenes ofenden,
se atraerán las Furias de los muertos
u otro mal que más rápido los pierda.

De labio de mujer oye el augurio:
¡Que triunfe el bien no con ambiguo rostro!
¡Buenos siempre serán del bien los frutos!

(Su sentencia ambigua anhela tan sólo el éxito de su perversa hazaña. Su fiebre no es fiebre de alegría).

CORIFEO. — *(Serenamente).*

Hablas, sabia mujer, como hombre sabio.
Oído tu relato fidedigno,
me dispongo a dar gracias a los Dioses,
que con gran premio nuestra obra premiaron.

(Clitemnestra abandona la escena con su cortejo. Quedan en la Orquesta los Magnates).

PRIMEROS ESTASIMOS

(Con figuras y gestos de ceremonia ritual el Coro acompañará esta plegaria, cuyas estrofas y antistrofas serán dichas alternadamente por los Magnates, divididos en tres "stojoi" o filas, transfigurados en sacerdotes de Zeus y de la Noche. Todo el pasaje será ejecutado con el estilo de la mélica co-

ral, sobre las variaciones de los motivos fundamentales. Su metro original es en trocaicos.

El humo de la expiación empaña el alba victoriosa).

CORIFEO. —

Omnipotente Zeus, amada Noche,
que dádiva valiosa nos donaste,
que densísima red sobre las torres
de Troya desplegaste;

nadie, nadie por ti, joven o anciano,
pudo escapar la esclavitud funesta
o el infalible, sempiterno lazo
de la muerte siniestra.

¡Oh Zeus Hospitalario, me prosterno!
Contra Paris tiempo ha tendiste el arco;
y la flecha arrojada en buen momento
no se perdió en los astros.

Estrofa I.

Los que el golpe sufrieron reconocen
de Zeus la dura huella. ¡Zeus lo quiso,
Zeus lo cumplió! Quien dice que los Dioses
no infligen sus castigos

ni cuidan de alcanzar a quien profana
la fe intangible, tiene el alma impía.
Visita a su hora el Cielo las moradas,
de oro y orgullo henchidas,

de la prole de padres malhadados,
que más de lo que es justo, el fuego de Ares
con furor arrogante respiraron.
Viva yo sin pesares

con lo que basta al corazón sereno.
No hay torre, riqueza ni fortuna

que salve al hombre, si el altar enhiesto
de Justicia conculca.

Antístrofa I

Confianza ciega y mísera le arrastra,
la mala consejera, el triste engendro
del error y del mal. ¡Defensas vanas!
La culpa con el tiempo

brilla más, no se oculta. ¡Oh luz siniestra!
Falso oro por el uso ennegrecido
son los perversos. La verdad los sella.
Corren como los niños

tras el vuelo de un pájaro; y la patria
sufre por ellos maldición y males.
Ningún Numen escucha sus plegarias.
Borran a los infames

los Dioses inmortales. Tal fué Paris. . .
A la mansión de los Atridas llega:
de la hospitalidad la mesa, el cáliz
profana por Helena.

*(La expresión de Esquilo es más que imagen, es fantasma.
No se trata sólo de traducir el pensamiento palabra, sino el
pensamiento efigie).*

Estrofa II

MAGNATE I. —

¡Y Ella . . . a sus compatriotas el tumulto
del naval aparejo, los fragores
deja de armas y escudos,
llévase en dote a Ilión la muerte!

Osada más allá de toda audacia,
estas puertas transpone indiferente.

¡Con qué gemidos, relatando el hecho,
clamaban los profetas del palacio:

Oh dolor, oh Señor,
oh casa, oh lecho,
oh huellas del pasado amor!

Callado está el esposo,
muy sereno el aspecto en la desdicha,
altanero en su oprobio.

De allende el mar la deseada sombra
parece aún que en el hogar domina.

De las estatuas bellas
la belleza le irrita:
sólo mirar quisiera
a su única Afrodita.

Antístrofa II

Pueblan sus noches lánguidas visiones,
vano alivio del alma.
Cree vanamente que su amor contempla.
Ella de entre sus manos ya se escapa,
ya con alado paso en un momento
huye la imagen bella
por las sendas oscuras del ensueño.

Así, más cruel que imaginarse pueda,
vela el dolor en el hogar de Atreo.

MAGNATE II. — (*A la evocación de la injuria y de la aflicción de Menelao por el rapto y la fuga de Helena, siguen ahora los recuerdos de los horrores de la guerra.*

Todos estos motivos serán interpretados adecuadamente por la declamación y la melodía de la paracatalogué).

De la helénica tierra se marcharon
los hombres a la guerra. En cada techo
suspira la congoja desvelada.
Zahieren los recuerdos

el corazón, que sabe a quién ha dado
la postrer despedida.
En vez del hombre amado
regresan al hogar urnas, cenizas...

(El epinicio se trocó en epicedio. Con mirada telescópica domina todos sus horizontes desde Argos hasta Troya, pasado y porvenir, visible e invisible, humano y divino, odio y amor, regocijo y dolor).

Estrofa III

Ares, el cruel cambista
de las humanas vidas,
Numen de la balanza,
mientras chocan las lanzas,
remite desde Ilión a las familias
el grave y triste polvo de la hoguera;
con ornadas cenizas,
hombres fueron, no son, las urnas llena.

Todos lloran... y a uno alaban
maestro en la pelea;
y a otro, dignamente
caído en la refriega
por la mujer ajena.

Se murmura en voz baja...
contra los dos Atridas
bajo el dolor se arrastra
el odio... De la guerra
ellos fueron la causa.

(Un tropel de sugerencias desborda del verso).

Lejos yacen los muertos,
en las tumbas honradas,
bajo el muro de Ilión...

La tierra devastada
cubre al devastador.

Antistrofa III

(Las alas se repliegan en el templo de la sabiduría popular de los Siete Sabios. Zeus fué su primera palabra. Zeus será la última figura en la estela de sus aéreos mares).

MAGNATE III. —

Es terrible la sentencia
de la cólera popular.
Si te maldice el pueblo
pronto la habrás de pagar.

Como una sombra en la noche
me acecha algún gran dolor:
no tardaré en conocerlo
me dice mi corazón.

Los Dioses ven y no olvidan
al que muchas muertes dió.
Por fin las negras Erinnias,
con improvisa aflicción,
con brusco cambio de suerte,
al que afortunado fué
en ofender a Justicia,
le humillan en lobreguez.

La mucha gloria envidiada
es perdición del mortal:
contra él de Zeus la mirada
arroja el rayo fatal.

Sólo estimo la ventura
que sin envidia gocé. .
Derribador de ciudades
nunca, ojalá, pueda ser.

Así pueda haber logrado
la servidumbre evitar;

no ver esclavos mis años
bajo ajena potestad.

(Todo hasta ahora se ha desarrollado en la penumbra espectral del crepúsculo matutino. Nieblas de inciensos, nieblas del alba tornan casi invisible la escena. Troya ha caído. ¿Fué acaso un sueño? Ya el Coro había dicho a Clitemnestra:

“¿Consideras verdad visión de ensueño?”

Es de mañana. El Sol presta realidad a las cosas. Troya ha caído. No sólo. La nave de Agamenón arriba a las playas de Argos. ¿Cuánto tiempo medió entre el anuncio de Hefestos y la llegada del Rey? Nadie podrá decirlo, ni la misma Clitemnestra. El arte y el sueño dijeron al tiempo: corre, detente, no existas. ¿Fué en esta alba, en la anterior o en alguna de las que precedieron que se supo en Argos la caída de Troya? Ninguno de los Argivos podría asegurarlo. Todo fué encantamiento desde aquella alba. Se interrumpió toda otra vida. No se vivió desde aquella hora sino aquella sola hora. La vida se tornó estática. El instante sublime se grabó en los ánimos. Su resplandor borró toda realidad. Desde aquella mañana no hubo en Argos sino este amanecer de cantos, inciensos y sacrificios. Esta aurora no ha cedido lugar al tiempo, no le ha permitido avanzar, invadir sus campos. Sólo ahora cede y se va, deja el paso a este día en que llegan de Troya las naves vencedoras, los héroes, el nuncio del Rey y el mismo Agamenón).

EPISODIO II

(Los Magnates de Argos se disponían a retirarse. Se detienen al oír tumulto y clamores que se elevan por la ciudad.

La escena brilla de luz y de ansiedad.

Fué divisado a lo lejos el Pregonero, que se acerca con rápido paso.

Los clarines de los atalayas anuncian su llegada.

Los Argivos abandonan sus casas. Muchos aun no creen.

Entre los últimos fulgores de las melodías que siguieron al epinicio, y que se han resuelto en angustiosos toques de expectación general, se consigue oír el siguiente diálogo entre el pueblo, en esta estrofa que se reanuda al canto anterior con carácter de epodo).

UN ARGIVO. —

Anuncio de fuego, pregón de la gloria,
con alas de fuego por Argos voló.

OTRO. —

¿Quién sabe si es nueva de cierta victoria
o si es el engaño divino de un Dios?

OTRO. —

¿Quién tiene la mente de un niño o de un loco,
que el alma le encienda una vana señal?

OTRO. —

¡Fué sólo una llama! Pues dentro de poco
la voz que desmiente le hará suspirar.

OTRO. —

Mujer nos gobierna. En ella no es falta
la aun no segura victoria cantar.
¡Su crédula frente qué pronto se exalta!
¡Las glorias que sueña qué pronto se van!

(Nadie en la escena. Desde la Orquesta todos miran hacia la playa).

CORIFEO. —

Sabremos ya si la señal alterna
de fuegos y de antorchas esplendentes
fué veraz o llegara cual ensueño,
dulce visión engaño de la mente.

Desde la playa un pregonero llega . .

Ramas de olivo sus facciones sombran.
Le veo y me atestigua su carrera
del lodo hermano sitibundo, el polvo.

No sin voz, no con humo y llamaradas,
no con ramas silvestres hablará.
Con clara voz confirmará el anuncio.
¡Que otro anuncio no sea! . . . Añada, añada
a la verdad del fuego más verdad . . .

Quien lo mismo a la patria no desea
pueda del mal mal fruto cosechar.

PREGONERO. — (*Llega corriendo: se echa boca abajo al suelo; besa la tierra. Es otro de los personajes humildes de la tragedia griega, humilde pero ni mediocre ni convencional*).

¡Oh patrio suelo de la tierra Argiva,
en esta aurora del décimo año, vuelvo
a ti, sola esperanza que se cumple
de todas mis fallidas esperanzas!

No soñaba morir en tierra Argiva,
aquí hallar mi rincón, dulce sepulcro.

Y ahora, salve oh tierra, salve oh lumbre
del Sol y Zeus supremo rey del mundo
y tú, Pítio señor, que ya no arrojas
del arco a nuestros pechos tus saetas.
Si en Escamandro asaz nos perseguiste,
hoy concédenos paz, danos reposo,
numen Apolo . . . ¡Oh Dioses de las pugnas,
a todos os suplico! . . . Oh mi patrono
Hermes, oh pregonero, honor y gloria
de pregoneros, oh vosotros héroes,
que muriendo nos disteis la victoria,
recibid al ejército que vuelve,
que de las lanzas se salvó de Troya.

Salud, regia morada, amados techos,

templos, Dioses que dora el Sol de Oriente,
recibid todos, tras de larga ausencia,
a vuestro Rey, con relucientes ojos.

Vuelve irradiando luz en la alta noche,
de todos luz Agamenón supremo.

¡Saludad, cual merece, al Soberano!
Con la azada de Zeus el Justiciero,
derribó a Troya, devastó sus llanos,
destruyó los altares y los templos,
(*Justamente lo que deseaba Clitemnestra*).
la estirpe toda del solar troyano.

Tal freno impuso a Troya y victorioso
el Atrida señor, el venerando,
vuelve, el hombre más digno entre los hombres
de ahora. No dirán Troya ni Paris:
Fué mayor que el castigo nuestro ultraje.
Del hurto enmienda aquél pagó y del rapto:
perdió su presa; hogar y estirpe y patria
asoló con el más trágico daño.
¡Doble mal por el mal que nos causaran!

(*Los Argivos escuchan en silencio, conmovidos, la fausta
nueva. Forman un marco de estupor y de afecto.*)

(*En los Magnates, divididos en hemícoros, la emoción se en-
noblece en mayor dignidad del gesto y de la mirada.*)

(*El Corifeo expresará el común estado de ánimo*).

CORIFEO. —

¡Salud, oh Nuncio de la flota argiva!

PREGONERO. —

¡Soy feliz! Vivir más, Dioses, no quiero.

CORIFEO. —

¿Te apenó la nostalgia de la patria?

PREGONERO. —

Tanto que el gozo a lagrimar me obliga.

CORIFEO. —

Tu dulce enfermedad he compartido.

PREGONERO. —

Habla más claro al corazón amante.

CORIFEO. —

Mi amante corazón también sufría.

PREGONERO. —

¿La patria ansió a sus hijos que la ansiaban?

CORIFEO. —

Gimió en la espera el alma entristecida.

PREGONERO. —

¿Por qué adverso dolor sufristeis? . . . ¡Habla!

CORIFEO. — (*Incisivamente*).

Desde ha tiempo es mi fármaco el silencio.

PREGONERO. —

¿Alguien, ausente el Rey, osó oprimiros?

CORIFEO. — (*Evasivamente, ocultando su pensamiento*).

Digo cual tú: ¡dulce hoy fuera la muerte!

(*El trágico secreto de la traición de Clitemnestra, que primero asomó por labios del Atalaya, vuelve ahora a hurgar el ánimo del Corifeo; pero la palabra retrocede espantada. El Pregonero no alcanza a comprender el significado de las últimas frases veladas; e interpretándolas como si se refiriesen a las angustias de la ausencia soportadas en Argos, contrapone a éstas las penurias y dolores de la guerra bajo los muros de Troya*).

PREGONERO. — (*Levantando al cielo las manos, en expresión de gracias*).

¡Todo bien terminó! Del largo tiempo
varias las suertes son, ora propicias,
ora contrarias. . . . ¿Quién, sino los Dioses,
transcurre sin pesar todos sus días?

¡Si te contase todo lo pasado,
las angostas yacijas en las naves,
las horas y los días sin descanso,
las insomnes vigilias en las noches!
¿Qué no sufrimos, qué no soportamos?

Del cielo y de la tierra los vapores
mojaban nuestros míseros camastros
bajo el muro enemigo. ¡Oh rotas vestes,
oh cabellos hirsutos cual de fieras!

Nada diré del avicida invierno,
del crudo soplo de las nieves de Ida,
ni del calor, a la hora que en sus cuevas
meridianas, sin viento, sin espumas,
el mar se acuesta y lánguido dormita.

¿Por qué quejarme aún? Pasó la cuita,
también pasó el sufrir de los caídos:
los muertos no desean ya la vida. . . .
Y es vano que llorando a los extintos
el que vive maldiga de la suerte. . . .

Por siempre os digo adiós, recuerdos tristes.
Para mí, para todos los supérstites,
lo ganado fué más que lo sufrido.

Ante la faz del Sol gritemos ¡gloria!
Por tierra y mar dirá la fama eterna:
¡Los Argivos, que a Troya destruyeron,
a los Dioses de la Hélade ofrendaron
ricos dones, atávicos trofeos!

Ahora oíd! Para Argos y sus héroes honores preparad; y a Zeus dad gracias, que victoria nos dió. ¡Sabéis los hechos!

CORIFEO. —

Me convenció tu hablar. No he de negarte que ama el anciano averiguarlo todo.

(En este momento avanza hacia el Pregonero la reina Clitemnestra. La rodean como sombras sus acompañantes, guardias y fámulas. Se detiene, observando al Pregonero).

CORIFEO. — *(Saluda a la Reina sin interrumpirse).*

¡Cómo se alegrarán los del palacio . . .
y Clitemnestra! . . . ¡Albricias para todos!

CLITEMNESTRA. — *(Habla para iniciar la trama de su engaño, sabiendo que el Pregonero referirá sus palabras a Agamenón que llega. Así éste recibirá por boca del heraldo la primera impresión de confianza respecto de su esposa).*

Alcé en la noche un grito de alegría cuando brilló, primer anuncio, el fuego señalando de Troya la caída.

Alguien dijo en mi contra: ¡De esas llamas presumirás que Ilión ha perecido?
¡Corazón de mujer fácil se exalta!

Sus palabras tildábanme de necia. No obstante yo inicié los sacrificios. Entonces aquí, allí, por Argos toda, con femenil estilo se elevaron estrofas de plegarias y de augurios, y en los sagrados templos se adormía la llama viva con fragante incienso.

(Al Pregonero).

Y ahora lo demás no nos anuncies;

quiero oirlo del labio de mi esposo,
quiero le recibamos cual merece.
Todo lo he de aprestar sin más demora.

Llega mi Rey a la paterna orilla . . .
¡Alba feliz, en que la amante esposa
al esposo que vuelve de la guerra
salvado por la gracia de los Dioses
abre del casto hogar la ansiada puerta!

(Personificándose en enfática hipocresía).

Esto dile a mi esposo; y que en seguida
venga, que arde de amor Argos entera.
Dile que aquí hallará a su esposa digna
cual la dejó, fiel perro de esta casa,
amante de él, a su enemigo adversa,
siempre en todo la misma . . . ningún sello
del deber quebranté en la larga ausencia.
antes me sumergiera en bronce hirviente
que del hombre gozar por mi vergüenza.

(Con su cortejo, vuelve a entrar en el palacio. No escuchará al Pregonero. Es la Reina. Todo, ya lo ha dicho, quiere oirlo de boca de su esposo. No obstante sus derivaciones míticas e históricas, Clitemnestra es creación de Esquilo. Esquilo además señala la epifanía del agonista trágico. El héroe mítico resucita reencarnado en el luchador de la tragedia humana. Es el héroe hombre, héroe de la vida, de la energía occidental, de la "gnome", del humanismo. Es el futuro hombre helénico, romano, renacentista, cristiano, que unificará al mundo. Ojalá de ese trigo hagamos siempre nuestro pan. Pero el pan hay que volver a hacerlo cada día. La evolución es ley de la vida. La vida se alimenta de la vida. La tragedia de la "gnome", de la razón, se intensifica con los siglos. Es la herencia de Prometeo. El Paraíso terrenal está cada vez más lejano. El hombre fatalmente se esfuerza para invalidar los frutos de la redención divina. Saludan a la Simuladora que se aleja, las primeras palabras del magnate Corifeo).

CORIFEO. —

No es jactancioso que mujer honrada
elogie su virtud cuando es sincera.

*(El Pregonero está a punto de encaminarse hacia las naves.
Le retiene la pregunta del Magnate Corifeo).*

CORIFEO. —

Escucha, Pregonero. ¿Con vosotros
vuelve también ileso Menelao,
el héroe predilecto de esta tierra?

PREGONERO. — *(Después de alguna incertidumbre).*

Si os dijera mentiras agradables
no gozarais sus frutos largo tiempo.

CORIFEO. —

¡Que la verdad nos sea favorable!
En vano la ocultamos cuando adversa.

PREGONERO. —

Digo en verdad que el héroe con sus naves,
de nuestra flota desapareció.

CORIFEO. —

¿Zarpó quizá de Troya sin vosotros,
o alguna tempestad os separó?

PREGONERO. —

Diste en el blanco como buen flechero.
Brevemente expresaste un gran dolor.

CORIFEO. —

¿Qué fama corre de él entre los náuticos?
¿Vive en alguna playa o pereció?

PREGONERO. —

Nadie sabe: se ignora todo indicio.
¡Lo sabe el padre de la tierra, el Sol!

CORIFEO. —

Nárrame cómo la ira de los Númenes
tormentosa las naves sumergió.

PREGONERO. —

La alegre voz de este preclaro día
no debieran manchar tristes relatos.
Ingratitud contra los Dioses fuera.
Cuando a su pueblo nuevas dolorosas
de derrota y de estrago un nuncio trae,
y con marchito rostro a todos hiere
relatando como Ares, el sangriento,
con su dúplice azote a tantos hombres
de tantas casas arrojó a las lanzas
y al yugo postrimero de la muerte;
al llegar con tal fardo de desdichas
cante, es justo, el Peán de las Erinnias.

Mas cuando llega nuncio de victoria,
y la ciudad feliz se regocija,
¿por qué mezclar al buen anuncio el triste?
¿Por qué habré de narrar que a los Helenos
persiguió la tormenta no sin la ira
de los Dioses?. Oíd. Se conjuraron
dos otrora entre sí fieros rivales
agua y fuego, estrecháronse en alianza,
en daño de la flota miserable.

(¿Qué actor interpretará el vigor descriptivo de Esquilo?
Sus imágenes se sobreponen y enlazan como fantasmas).

Se irguió en la noche rebramando el mar.
Entre sí destrozábanse las naves,
rebaños en poder de vientos tracios,
exaltadas, chocando por los rostros;
y en un turbión de lluvia y tempestad,

ebrio pastor con furia las acosa,
hundíanse en la negra soledad.
Cuando del sol la claridad brilló,
florecer vimos todo el mar Egeo
de fragmentos navales y cadáveres . . .

A nosotros con nuestra nave ilesa
algún Dios, no mortal hombre, sentado
al timón, nos salvó de la tormenta.

La Fortuna saltó sobre la nave,
que no la hundiese el vértigo de la ola
ni a peñascosas costas la arrastrase.

Escapados del piélagos de muerte,
el Sol volvió, no así nuestra esperanza.

El corazón rumiaba la congoja
por las almas, las naves extinguidas,
cenizas derramadas en las olas.

Si alguno de ellos vive todavía,
pensará que nosotros perecimos:
de ellos lo mismo nuestra gente opina.

¡Cúmplase lo mejor! ¡Que Menelao
llegue primero y sin tardar roguemos!

(Auguralmente).

Si este Sol le contempla aún viviente,
si Zeus no quiso exterminar su estirpe,
no es imposible que a la patria vuelva.

(Pausa).

Esto has oído: la verdad oíste.

(Conmovido, con rápido paso característico de los pregoneros, se aleja en dirección al mar).

SEGUNDOS ESTASIMOS

(La escena se puebla de sugerencias. La ancha vena evocadora abierta por el Nuncio vierte en todos los corazones una

mélica de aulos y cítaras. De tantos horrores, de la guerra y de su odisea fué manantial la belleza de Helena. . .

El lienzo de los recuerdos se despliega en vuelo de imágenes, en variada cinesis.

Durante todo este final lírico la música y la danza se entrelazan con la poesía en torbellinos sonoros y plásticos. Se ensancha entre las angustias del pasado y del porvenir el marco de este primer cuadro, para poder encerrar dentro de poco la figura del héroe que aparecerá en él por sortilegio, como en el espejo órfico, el héroe Agamenón, que vuelve en luz y atmósfera de funestos contrastes.

¡Agamenón! Victoria, derrota; Helena, Clitemnestra. . .

Cantos corales y solos, sinfonías y monodías, figuras de éxtasis y de congoja. . . Lo indefinible logra su expresión en los conjuntos armónicos. La danza de sacerdotisas, vírgenes, efebos, subrayada por el negro dibujo de lentos pasos y negras estrofas de los Magnates, se desarrollará serena, expresando plásticamente la emoción: será como una animada escultura.

El músico distribuirá las partes según su inspiración.

La poesía será ora declamada sobre música por una o más voces, ora cantada por voces solas y corales, masculinas y femeninas o por separado. La instrumentación y la melodía evocarán los modos griegos, adaptándolos a la técnica y a la sensibilidad actuales.

Las estrofas y antistrofas de temas pasionales y eróticos sobre Helena y Paris serán dichas por voces blancas; los temas del odio y de la guerra por voces marciales; los de plegaria, gnómicos y hieráticos, por coros promiscuos.

En este estásimo también de ritmo trocaico logaédico, alcanza todo su esplendor la realización de la fusión de las artes, dramatizadas en la tragedia. Es una ceremonia pública celebrada con discordante ansiedad).

Estrofa I

(Lánguido, voces blancas, canto y melólogo alternados).

*¿Quién con cabal acierto
Helena te llamó?*

Alguien . . . alguien . . . , a quien no conocemos,
profeta de tu vida,
tu Destino en tu nombre pronunció.

¡Oh nuera de las guerras,
oh nuera de las ruinas!
¿quién te ha llamado Helena?

(La angustia se complace en jugar con los significados griegos del nombre de la hermosa Helena).

Helena significa perdición,
perdición de las naves:
tu belleza perdió
naves, hombres, ciudades.

(De un tema de amor brota el de la guerra).

Lejos del velo lánguido
del tálamo nupcial,
en alas del gran Céfiro
huyó Helena fatal.

(Por las arterias corren rútilas llamas de incendio, que humean y estallan en la boca del Coro agitado y múltiple. El tema es un cráter en erupción).

Miles y miles de hombres embrazan los escudos . . .
corren tras de su huella, son cazadores rudos;

sus remos ya invisibles han tocado la tierra
sombreada del Simois, para sangrienta guerra.

Antistrofa I

Parentesco, que tienes de duelo la acepción,
el odio que no cesa te persigue hasta Ilión.

Con el tiempo vengaste la cobarde impiedad

hacia el Zeus de los huéspedes y la hospitalidad.
Murieron los Priamidas, que con himnos de fiesta
cantaron ¡Oh Himeneo! en la boda funesta.

Desaprendió los himnos la vetusta ciudad:
hoy suspira epicedios y trenos de piedad.

Hoy a Paris le llaman esposo aborrecido:
de los Troyanos, claman, la sangre él ha vertido.

Estrofa II

*(Un narrativo sobre música aulética es declamado por un
Magnate en un solo con voz de bajo).*

Un hombre crió un león, que de su hogar amado
luego fué perdición. Apenas destetado,

iniciando su vida, érase manso y quieto,
juguetón con los niños, con los viejos discreto.

¡Cuántas veces festoso, si el hambre le apretó,
meneando la cola, a sus manos miró!

Antistrofa II

Mas como hubo crecido, mostró su dilación
el instinto heredado de su padre el león.

Agradece el cuidado que el amo le tuviera,
despedazando ovejas con garra carnicera.

Mata y come a su antojo sin más venia ni halago;
mancha toda la casa en sanguinoso estrago.

Amenaza a los dueños la misma horrible suerte.
Quiso un Dios que criaran en su hogar a la Muerte.

Estrofa III

(*Vuelve con obsesión el tema de Helena. — Voz de soprano*).

¡Tal de Ilión a las torres un día llegó Helena!
Su belleza es encanto, como la mar serena. . .
Dulce, valiosa prenda. . . flechas sus ojos son,
rosa de los amores, que abrasa el corazón.

(*Coro de todas las voces*).

Se envileció la hermosa con caricias fatales,
esposa y concubina que causó tantos males.
Zeus, vengador del huésped, contra Priamo la guió.
Fué Erinnia: de las madres las lágrimas bebió.

Antistrofa III

(*Coro hierático de hombres solos*).

Un conocido adagio de provector renombre
dice así: La perfecta felicidad del hombre
cólcase con los hijos: no estéril morirá.
Mas de esa dicha para su estirpe brotará
la insaciable desdicha. — Es otra mi opinión.
Tan sólo la impiedad, sólo la mala acción
engendran con el tiempo prole digna del mal.
¡La estirpe de los justos siempre feliz será!

Estrofa IV

(*Continúa el coro de hombres solos, en tonos siempre más bajos*).

Tarde o temprano, cuando llega la hora fatal,
suele una antigua culpa nueva culpa engendrar

en daño de los hombres . . . es nuevo odio a la luz,
invencible demonio, audacia sin virtud,
de casas y familias obscura destrucción,
del todo semejante al mal de que nació .

Antístrofa IV

(Final del cuadro, cantado y danzado. ¡El himno se eleva una vez más y vuelve a apagarse lentamente en la sentencia serena de esta antístrofa. La expresión mímica será síntesis viviente de todo el anterior tumulto).

Justicia resplandece en la vivienda ahumada,
y sólo glorifica vida frugal y honrada.
Su mirada apartando, aléjase del oro
fruto de impuras manos. En pos de su tesoro
marcha a la Santidad. No adora el poder ruin
de riquezas infames. ¡Lo guía todo a su fin!

(El alba desnuda se atavía en colores de aurora. Todos los brazos de Argos despierta tiéndense hacia AGAMENÓN, visible a las miradas del espíritu).

INTERVALO

EPISODIO III

(Los rayos de la mañana festonan el cortejo del Rey que llega. Carros, guerreros, esclavos, esclavas, botín de guerra, siguen desfilando helénicamente, no como en la tragedia de Atio criticada por Cicerón. Las velas del alma flamean agitadas por los aires de la música marcial. Aparece por fin la "apene" de cuatro ruedas de Agamenón. Es el mismo carro micenaico, de derivación egipcia. Se detiene a la entrada de la escena, en la extrema derecha. Sobre otro coche está Casandra, la hermosa profetisa, la real esclava. Frente a frente se halla Agamenón

de su palacio que se eleva a la extrema izquierda, y parece por momentos que asuma los rasgos de la pétrea Esfinge.

Una voz resuena, intérprete del ánimo de todos, la del Corifeo).

CORIFEO. —

¡Llegas, por fin, oh Rey,
oh destructor de Troya,
oh progenie de Atreo!

¿Cómo llamarte,
cómo agasajarte,
sin apocar ni exceder
la gloria que supiste merecer?

Muchos de los mortales,
transgrediendo lo justo,
antes que ser prefieren parecer.

Los veis prontos a llorar
con el malaventurado
sin que en su pecho haya entrado
ni compasión ni pesar.

La dicha con el dichoso
mientras pretenden fingir,
veis cómo fuerzan sus rostros
a falsamente sonreír.

(El Corifeo habla al Rey con respeto, pero con la sinceridad que su carácter de Magnate le otorga).

Pero al buen conocedor
de sus ovejas, no engañan
miradas de adulador,
ni la amistad harto aguada
que simula admiración.

No te negaré que cuando
de Helena en pos te lanzaste

con las naves y las gentes,
te noté de hombre insensato,
mal piloto de la mente.
Contra nuestra voluntad
a la audacia de la muerte
tú nos ibas a arrastrar.

Hoy con amistad serena
y alma no superficial
digo: toda pena es buena
si se consigue triunfar.

(En nombre de los Magnates el Corifeo reconoce ahora la autoridad del Rey como supremo juez, y vuelve a entregarle el mando).

De los que en esta ciudad
viven como ciudadanos,
quién fué justo y quién fué malo
con tiempo y juicio sabrás.

(Todas las miradas pesan sobre Agamenón, el Rey triunfante. Es el héroe, el genio, como Napoleón, como Julio César. Resume en sí la hazaña incomparable, militar y social, la afirmación de la civilización occidental).

AGAMENÓN. — *(Dirige sus ojos a las muchas efigies de los Dioses patrios).*

¡Argos primero y Númenes indígenas,
es justicia os salude . . . oh protectores
de mi retorno y de la justa enmienda
que infligir supe a la ciudad de Priamo!

(A la multitud).

Los Dioses apoyaron nuestra causa
no con palabras: su sangriento voto
contra Ilión y su estirpe firmemente
arrojaron en la urna de la Muerte.

A la urna opuesta, sin poder colmarla,
sola Esperanza dirigió sus manos.

Alta brillar parece en la humareda
Troya caída, vive en la ira de Ates.
Su chispa moribunda aun exhala
pingüe aliento de gloria y de riqueza.

(El vencido perdura en la fama del vencedor).

Paguemos a los Dioses el tributo
de la memoria y de las muchas gracias.
De nuestro odio la red logró su presa.
Para vengar a una mujer, saltó
a la hora del ocaso de las Pléyades
la fiera Argiva, prole del caballo,
heroico pueblo agitador de escudos,
y la ciudad troyana destrozó;
león hambriento que escaló las torres,
se hartó en beber, lamer sangre de reyes...
Para los Dioses pronuncié este exordio.

*(Dirigiendo sus palabras al Corifeo en particular, a los
Magnates y al Pueblo en general).*

En cuanto a tus sentencias que recuerdo,
digo y pienso cual tú: de pocos hombres
la índole es tal que aplaudan sin envidia,
del amigo feliz la fausta suerte.
Mustio veneno el corazón inquina,
nutre el mal, duplicando su pesar,
agrava el mal del mal y sólo sabe
ante la dicha ajena suspirar.

No me engaño: os diré, puesto que leo
mejor que en un espejo el alma humana,
falsa imagen de falsa sombra fueron
muchos que ser amigos ostentaban.

Sólo Odiseo, aunque la vela alzara
mal de su grado, apenas en el yugo,
fué mi fiel compañero de la arada.

¡Quizás vive, quizás ha perecido!
En cuanto a la ciudad y nuestros Dioses,
en pública reunión lo que convenga
resolvamos; así que el bien presente
se prolongue, ojalá, por largo tiempo.

Entro ahora en mi hogar, en mi morada . . .
y ante todo a los Dioses mi derecha
levanto. Fueron ellos que me enviaron,
ellos que me trajeron.

¡La Victoria,
que me ha seguido, aquí su pie detenga!

(Está a punto de descender del carro. De súbito se detiene al divisar a Clitemnestra que, seguida de sacerdotisas y jóvenes mujeres aparece entre la alta columnata del palacio Átrida. Sus fámulas traen ricas alfombras de flamígera púrpura. El rojo y adverso resplandor de las pupilas de la Reina es mitigado en el contraste, y hasta su roja sangre ha palidecido en su rostro insomne, hipócrita y lujurioso. Pero la voluntad, motor infatigable que la empuja subconcientemente y se asimila al Destino, no desfallece ante ninguna situación de peligro. Camino de púrpura, camino de sangre, pensó la sanguinaria simuladora, ha de ser el que lleve al Rey a su baño de muerte.

Agamenón la mira estupefacto. Ella no se atreve por el momento a fijar su mirada en él. Ambigua, pero insinuante, dirige sus primeras palabras a los Magnates. En trágica oposición, mientras buscará la frase del amor hallará a menudo la del odio y del sarcasmo, hábilmente disimulados en exclamaciones, que a las veces parecen espasmos o estertores de martirio o aullidos de convulsiones y delirio. Su tragedia está toda en su voluntad. No puede librarse de su voluntad, es esclava de la peor parte de su ser. Su voluntad es a la vez su esclava, su dominadora y su demonio inspirador. Su voluntad es su Destino y es también el Destino de Agamenón).

CLITEMNESTRA. —

Proyectos ciudadanos, gloria de Argos,
podré deciros sin enrojecerme
cuánto quiero a mi esposo. . . El tiempo quiebra

todo freno del alma . . . Yo, yo misma
lo que he sufrido os narraré.

¡Cuán triste
mi vida transcurrió mientras mi esposo
bajo los muros combatió de Troya!

(El odio, la lujuria asumen la máscara de la más acendrada virtud).

¡Piensa! . . . En la casa, sola, sin consorte,
sentada está la esposa . . . ¡horrible pena!
Hasta las buenas nuevas la entristecen;
uno llega, otro llega, que peores
males refiere; gritan en las puertas.

¡Ah! . . . Si tantas heridas él sufriese
de cuantas a este hogar llegó la fama,
más horadado que una red volviera . . .

Para morir las veces que se dijo,
nuevo Gerión, debió tener tres cuerpos,
perecer cada vez en cada uno,
tres veces sepultado y redivivo,
sobre y bajo la tierra, vivo y muerto . . .

(Parece exclamar: ¡Ojalá las nuevas de su muerte hubiesen sido certeras! Mira por fin a Agamenón visiblemente).

¡En el vaivén de las luctuosas nuevas,
cuántas veces sentí que desataban,
por fuerza, el lazo que anudé a mi cuello!

(Con timidez, tras de alguna incertidumbre).

No vive aquí por eso, cual debiera,
de mi amor, de tu amor prenda segura,
Orestes, hijo nuestro . . .

(Por primera vez se oye el nombre de Orestes. En el rostro de Agamenón se dibujan ansiedad y emoción. Clitemnestra suavemente prosigue).

¡No te asombres!

Benévolo le educa tu aliado
de la Fócide, Estrofito . . . Me predijo
dúplice mal: tu riesgo bajo Troya,
y que el pueblo, que siempre ama el desorden,
te quitase el poder . . . ¡Los hombres suelen
al que caído ven tirarle aún coces!

Falsía no se oculta en mis palabras.

(Su tragedia la transfigura. Su desdoblamiento es posible sólo porque su personalidad fundamental persiste. Es el punto de apoyo de la palanca. El desdoblamiento que puede interesarnos no es locura sino estado psíquico. Cuando hay más que uno o dos estados psíquicos, más que desdoblamiento de la personalidad se verifica una pluralización. En cuanto a Clitemnestra no cabe hablar de su otra máscara sino de sus otras máscaras. Pero ninguna de éstas destruye en el personaje su ser fundamental, su esencia. Poder definir en unidad no obstante la pluralización es lo formidable del genio trágico de Esquilo. Clitemnestra es una y es un coro. Así los grandes directores consiguen en su numerosa orquesta unidad como de un solo instrumento, como de una sola alma).

Las bulliciosas fuentes de mi llanto
se apagaron. No queda ni una gota.
Mira su huella en mis insomnes ojos.
¡Cuánto lloré por ti en la vana espera
de las faustas señales! . . . De mis breves
sueños me despertaba hasta un mosquito
con su leve zumbir . . . largas vigili-
as los terrores del sueño acrecentaban . . .

Hoy, después del horror, alta la frente,
dígote: esposo, amarra de mi nave,
perro fiel del hogar, del alto techo
firme columna, como al padre el hijo
único, tierra inesperada al nauta,
serenísima luz tras la tormenta,
agua pura a la sed del peregrino . . .

¡vencimos el dolor, dicha suprema!
(*Largo suspiro de liberación*).

... ..
Son éstos mis saludos: los mereces.
Lejos la envidia esté. Sobrados males
hemos sufrido...

(*Su voz llega aquí a su suprema simulación de devoción y afecto. Quiere que el Rey, víctima predestinada de su voluntad, no rehuse caminar sobre las rojas alfombras agoreras. El corazón le vaticinó: Clitemnestra, si consigues que tu esposo huelle a su regreso estas púrpuras, cumplirás sobre él tus designios. Es éste el momento. Clitemnestra es ahora un imán de firme acero. Atrae con energía definitiva toda la substancia de esta tragedia del amor, del odio y de la hipocresía*).

Ahora, oh rey, oh esposo,
baja del carro sin hollar el suelo
con tu pie con que a Troya derribaste.

(*Impaciente lanza a las esclavas el grito de su potestad absoluta*).

Mujeres, ¿qué aguardáis? ¿No os he mandado
que en su camino despleguéis alfombras?
Se enrojecza de púrpura su senda...

(*Une al gesto de la ofrenda la frase ambigua del vaticinio adverso*).

Lo inesperado y Dike son su escolta.

(*Todo el camino desde el carro triunfal de Agamenón hasta el escalón supremo del palacio se ve alfombrado de púrpuras. Las fámulas, las sacerdotisas y el séquito de Clitemnestra se prosternan ante el Rey. Clitemnestra le mira altiva, atrayéndole hacia la senda fatal, no interrumpiendo su plegaria*).

¡Dioses, oíd! Mi voluntad insomne
cumpla con lo demás, como es Destino.

AGAMENÓN. — (*Inmóvil, severo*).

Hija de Leda, de mi hogar guardiana,
según correspondió a mi larga ausencia,
largamente has hablado. Sólo es digno
el elogio que extraños nos prodigan.

Como a mujer no quieras halagarme:
nadie ante mí, no soy un héroe frigio,
clamores prosternados vocifere . . .

(El Rey helénico desdeña honores que envilecen a quienes los tributan. Su dignidad occidental reconoce como base la dignidad de sus conciudadanos. No es un héroe frigio, no es un oriental: rechaza apoteosis asiáticas. Quiere ser honrado tan sólo como hombre. El espíritu humanista de la Hélade se afirma en sus palabras).

¡No atraigas maldición con tus tapices
sobre mi senda. . . . ¡Así se honra a los Dioses!
Entre tanta aureola de colores
que camine un mortal, terror inspira . . .

¡Cual hombre no cual Dios me honréis os mando!
Sin estrados de púrpuras lujosos
brilla mi gloria igual . . . No envanecerse
es suprema virtud. ¡Feliz el hombre
que en la paz de su alma vive y muere!

CLITEMNESTRA. — (*No admite ser derrotada. El diálogo de la rápida monostiquia asemeja el cruzarse de dos espadas*).

¿Contra mi parecer así te expresas?

AGAMENÓN. —

Mi parecer nunca podrás cambiarlo.

CLITEMNESTRA. —

¿Voto hiciste temiendo a qué deidades?

AGAMENÓN. —

Más que nadie yo sé por qué razones.

CLITEMNESTRA. —

¿Priamo qué hiciera si venciese? Dime . . .

AGAMENÓN. —

Sobre alfombras de púrpura marchara.

CLITEMNESTRA. — (*Con ímpetu*).

¡Temes el vituperio de tu pueblo!

AGAMENÓN. —

La opinión popular es poderosa.

CLITEMNESTRA. — (*Acosándolo*).

Poco valen los hombres no envidiados . . .

AGAMENÓN. —

. . . y la mujer tenaz en sus disputas . . .

CLITEMNESTRA. —

¡El que a todos venció deje vencerse!

AGAMENÓN. — (*Mirándola profundamente*).

¿Estimarás en mucho tu victoria?

CLITEMNESTRA. — (*Con amor en las pupilas y en todo el rostro y en toda la figura y en el gesto, para convencer al hombre a quien no han movido ni los argumentos del vituperio ni los de la adulación, apela al arma femenina más poderosa y le grita: Hazlo por mí, por mi amor*).

¡Concédemela! . . . sí . . . con toda el alma . . .

AGAMENÓN. —

¿Tal te agrada? . . .

(*A los satélites*).

Desciñan sin demora
estas sandalias, de mis pies esclavas.

(*Los satélites obedecen, y el Rey todavía sobre el carro exclama*).

¡Ludibrio fuera que mi pie manchara
de tan alto valor ricos tapices!

(*Vuelve a la turbación anterior*).

Mientras sobre estas púrpuras camino,
no me arroje algún Dios fatal mirada . . .

(*Reaccionando*).

¡Basta! ¡Basta!

(*Con los pies descalzos se dispone a descender del carro. Todas las miradas convergen sobre él: una en especial, la de Casandra. Mirada de voluntad y de imperio es la de Clitemnestra, atenuada por una mueca de sarcasmo, que intenta disfrazarse de admiración y afectuosa expectativa. Mirada de delirio, vaga e implorante la de Casandra, cuyas ondas llegan hasta la sangre del hombre amante. Es hora de recíprocas concesiones, adivina el Rey. Pedirá a su esposa venia de hospitalidad para su noble y hermosa cautiva. Y apartando de ésta su mirada, habla a Clitemnestra*).

Recibe bondadosa
a la extranjera . . .

(*Señala a Casandra*).

Zeus desde su altura
propicio mira al que suave impera.
Nadie de grado acepta el yugo esclavo.

(*Trata de que en el ánimo de la Reina no despierte celos sino piedad la destronada profetisa*).

Ella . . . entre muchos bienes elegida
flor, don del ejército, me sigue . . .

(*Pausa. Las dos mujeres se observan en silencio. Agamenón cierra sus razones recordando a Clitemnestra que él a su vez supo complacerla. Es siempre el mismo sensual de la ambición y del sexo; el que sacrificó a Ifigenia, usurpó a la Briseida, encendió la ira funesta de Aquileo*).

Cambié de parecer al escucharte.
¡Entro en mi hogar . . . las púrpuras hollando!

CLITEMNESTRA. — (*Al ver que el Rey deja por fin el carro y que acepta caminar sobre las alfombras, augurio de éxito para sus planes, olvida a Casandra, a quien no teme, y a la embriaguez de los colores añade el zumo de su ampulosa exultación*).

¡Allí está el mar: nadie podrá secarlo!
el mar, que cría inagotablemente
fluidos tintes de púrpuras valiosas.
En cantidad las hay en nuestra casa:
ignoramos, por Zeus, lo que es pobreza.

¡Cuántas alfombras con mi pie manchara
si el oráculo así me lo impusiera,
para salvar tu vida y tu llegada!

(*Su palabra pretende ser el hechizo que guíe y arrastre al Rey. Este, como hipnotizado, como bajo la acción de un narcótico, a ratos casi vacilante, solo, los pies desnudos, el cetro*

oblicuo entre las manos, recorre lentamente la distancia que media entre el carro y el umbral del palacio, siempre sobre los rútilos tejidos, un río de sangre. Ya no es el Rey, el vencedor. Es el triste hermano de Menelao. Es otra víctima expiatoria).

Si vive la raíz, crece el follaje,
y contra Sirio, la mansión guarece.

(Agamenón alcanza el primer escalón del palacio).

¡Has llegado al hogar como el estío,
calor suave en el más crudo invierno. . .
Las brisas con que Zeus madura el vino
en la uva verde corren por la casa,
porque en ella se encuentra el dulce esposo. . .

(Agamenón llega al umbral. Con su victoria y su retorno ha tocado además en la cumbre de la felicidad; los mismos Dioses la envidian, y su envidia es funesta. Se detiene. En la fijeza alucinada de sus ojos el mundo es como un lienzo incoloro. Clitemnestra se inclina hacia el Atrida en amplio gesto de incitación. Agamenón entró. Ella de un salto ocupa el mismo lugar de los últimos pasos del Rey, y levantando al cielo las manos pronuncia esta ambigua invocación).

¡Zeus, que todos mis votos has cumplido,
cumple también el último. . . te imploro!

(Se precipita con vehemencia en pos del esposo. Con sus púrpuras, sus gritos, sus confesiones ha conseguido aislar al Héroe, que sin ninguno de sus fieles penetra en el hogar, solo, así lo supone, con ella).

TERCEROS ESTASIMOS

(El Coro de los Magnates, las fámulas de Clitemnestra, los carros y las gentes del cortejo, Casandra, el Pueblo han quedado inmóviles.

Adversos presagios agitan el ánimo de todos. La música alza su voz promiscua, ronca y contradictoria, cargada de pesadumbre. Este canto coral, acaso el más complejo y numeroso del drama, es un prolongado grito de alerta. Los solos, las paracatalogués que alternarán y las figuras estáticas, casi paralizadas de los conjuntos corales, deberán distribuirse de manera que no interrumpen la unidad de inspiración).

Estrofa I

¿Por qué tenazmente un terror,
fantasma de negros presagios,
agita sus alas en mi corazón;
y no venal, no invocada
sus vaticinios canta una voz?

¿Por qué la confianza, mi amiga fiel,
ya no ocupa su trono en mi mente,
no aleja el fantasma de este sueño cruel?

Pasó el tiempo en que amarrada
vi en estas arenas la armada
que zarpó rumbo a Ilión.

(Nostálgica imagen retrospectiva).

Antistrofa I

Y hoy testigo soy con mis ojos
que a estas playas volvió.
Con todo, sin la lira
canta mi corazón
el triste trenos de Erinna . . .

(Héroes, religión, stirpes se reencarnan en el teatro espectral de Esquilo. Su genio es fundamentalmente lírico, como el de Simónides y Píndaro; es poeta. Su metempsicosis mélica, su coro, no es friso ni metopa ni columnata, no es ornamentación, es la esencia de la tragedia. Su música es color y armonía del cosmos, es inseparable de la vida del drama).

Por sí solo, en sus adentros lo aprendió;
perdió toda confianza
en la dulce Esperanza.

Mi ánimo y mi corazón
no se engañan, arrastrados
por torbellinos alados
hacia la justa visión.

Visión que contra mis ansias,
al cielo lo pido así,
ojalá quede frustrada
sin algún daño cumplir.

Estrofa II

La salud, aunque cabal,
no encuentra lugar seguro,
pues junto a su propio muro
se alberga la enfermedad.

(Sabiduría secular de rapsodas y payadores. Sentencias populares que por tener su fundamento en la Naturaleza inmutable, coinciden desde mucho antes de los Siete Sabios hasta Martín Fierro).

De más de un hombre el Destino,
que iba por mar bonancible,
contra un escollo invisible
de súbito se estrelló.

Si el temor arroja al agua
en buen momento y con tino
una parte de la carga,
la mansión ya no repleta
de riquezas que la dañen
no perece toda entera,
no se sumerge la nave.

Así la abundosa — lluvia, opimo presente de Zeus, destierra
del surco — anual el hambre y su peste cruel.

Antístrofa II

Pero
 una
 vez
 caída

por
 mortífera
 herida

sobre la tierra
 la sangre negra

de un hombre,
 ¿qué voz agorera
 revivificarla podrá? . . .

(La variedad de los ritmos corales crea estrofas figuradas o “esquematisménas”, espontáneamente, sin amaneramientos alexandrinos).

¿Zeus acaso
 no fulminó
para su seguridad
 al sabio varón
que supo a los Muertos
 resucitar?

(Sabio y venal fué Asclepio).

Si el Destino
que los Dioses
establecieron
no impidiese cualquier otro Destino,
mi alma
anticipándose a mi lengua
todo lo revelara.

Ahora . . .
en mi obscuridad me estremezco . . .

(El canto languidece en desesperanza).

Nada . . . útil . . . conseguir . . . espero . . .

(Vuelve la angustia a temblar en los temas fundamentales bruscamente interrumpidos por la aparición de la Tindáride).

Ya mi mente torna a encenderse . . .

EPISODIO IV

(La trágica hija de Leda en su máscara más aleve ocupa el centro de la puerta micenaica del palacio Atrida. El Coro ha tenido arranques de divinación. Pero reconoció su inutilidad. Ya su espíritu profético volvía a encenderse. El aspecto de Clitemnestra hiela su sangre y enturbia la llama del vaticinio. Todos enmudecen. ¿Qué sortilegio emana de la figura siniestra de esta hermana de Cástor y Pólux? Una gota de su sangre podría engendrar a más de una Lady Macbet. Cuán diversas son sus armas. Ha venido para invitar a Casandra, víctima secundaria de su odio. A ésta se dirige con aparente cortesía).

CLITEMNESTRA. —

Ven, entra tú también . . . te hablo, Casandra.

(Ambigua).

Quiere benigno Zeus que participes
en nuestros sacrificios, entre muchas
cautivas, junto a los altares Ktesios.

Baja del carro . . . a tu altivez renuncia.
También es fama que de Alcmena el hijo,
vendido un tiempo, resignóse al yugo.

En la desdicha del esclavo es suerte
dar con amos de atávica opulencia.
El que de súbito amasó riquezas
es injusto y vulgar con los sirvientes.

Todo aquí lo tendrás según mereces . . .

(Casandra queda estática. Tiñe su semblante el furor mánico. Silencio. Todos la contemplan absortos. El Corifeo de los Magnates, apiadándose de la noble sacerdotisa hija de Priamo y de Hécuba, habla para exhortarla a la obediencia y la resignación).

CORIFEO. — *(A Casandra).*

Bien claro te expresó su pensamiento.
Si en las redes fatales no te hallaras,
obedecer o no libre podrías.

CLITEMNESTRA. — *(A los Magnates, suponiendo que Casandra, flor supérstite de la destruída Troya, no comprenda el idioma helénico).*

Salvo que no comprenda más que el frigio
que de la golondrina el canto imita,
si resistir pretende, es insensata.

(El idioma frigio o troyano era pues otro que el griego, también según Esquilo).

CORIFEO. — *(A Casandra).*

Lo mejor que tu caso admite ha dicho . . .
Síguela, cede, deja tu alto carro.

CLITEMNESTRA. — *(Enfática).*

¿Ante estas puertas perderé más tiempo?
Junto al altar en medio de la casa
inmolación aguardan las ovejas.
(¿Serán sólo éstas sus víctimas?).
¡La dicha superó toda esperanza!

(A Casandra).

Vamos, si obedecer quieres, no tardes.
Mas si ignoras mi idioma y no me entiendes,
a mi además con tu además contesta.

(*Con el gesto la invita. Casandra no se inmuta*).

CORIFEO. —

No hablará sin intérprete. Sus modos
son de una fiera ha poco aprisionada.

CLITEMNESTRA. — (*Altanera y arrogante*).

Insana, en pos de malos pensamientos,
al llegar de su tierra destrozada,
no ha de aprender a soportar el freno
sin morderlo con sangre, espuma y rabia . . .
No le hablo más . . . no quiero rebajarme.

(*Irritada vuelve a internarse en su antro, no sin oír como la fustiga el reproche del Magnate Corifeo*).

CORIFEO. —

Yo me apiado por ella, no me irrito . . .

(*A Casandra, con amorosa súplica*).

Oyeme, oh mísera, el carro abandona:
acepta el yugo: ¡lo manda el Destino!

COMMOS

(*Se inicia aquí el Commos interepisódico. Casandra, invadida del furor adivinatorio, va escandiendo los fantasmas de las visiones que el Numen le revela, sobre el ritmo tenue de la paracatalogué. El Corifeo la interpela en estrofas y antistrofas sucesivas. El Coro se animará a intervalos para asumir la actitud plástica que mejor conviene al espíritu del momento. En cada uno de los cambios expresará su emoción con murmullos adecuados al acompañamiento musical, el cual se hará entonces más intenso. El coro, una vez asumida su nueva fisonomía plástica, volverá al mutismo y éxtasis característicos de su posición anímica en este Commos.*

Casandra, después de las últimas palabras del Corifeo, de

súbito salta del carro. Presa del acceso profético, que se asemeja a una convulsión en que el Numen de la divinación se apodera de todo su ser, corpóreo y espiritual, golpea con fuerza la Tierra, madre de las visiones; luego según el estilo de las Pitonisas délficas invoca a Apolo entre gritos y alaridos. La música, rápida y concisa, comentará su exordio. En todo este Commos, Casandra hablará presa del furor mántico. Es el momento en que la divinidad le revela las verdades, que penetran en su espíritu, como al través de una ancha herida. Ella sufre como en los dolores del parto. Su voz parece no pertenecerle. No es la mujer que habla a quienes azorados la escuchan; es la divinidad mántica que le habla a ella, revelándole los misterios del pasado y del futuro. Es éste el significado de la primera parte del delirio de Casandra, que constituye el Commos).

CASANDRA.— (*El primer grito de la furente, al golpear la Tierra con agitado pie, es el mismo que pronunciaban las pitonisas*).

¡Ototototoi! . . .
O . . . to . . . to . . . to . . . toi . . .
¡Oh Tierra!

(*Después del grito y de la invocación a la Tierra, la profetisa acude al Numen de la adivinación, Apolo o Loxias*).

¡Apolo!
¡Apolo!

CORIFEO. —

¿Por qué invocas a Loxias?
¡Tu Dios no oye sollozos!

CASANDRA. —

¡Ototototoi! . . .
¡O . . . to . . . to . . . to . . . toi! . . .
¡Oh Tierra!
¡Apolo!
¡Apolo!

(*Su estremecimiento agitará los más trágicos pies métricos, docmios, baquios, créticos*).

CORIFEO. —

La mísera invoca con voz de congoja
a un Dios que dolores jamás socorrió.

CASANDRA. —

Apolo, Apolo, que aquí me trajiste,
eres mi perdición . . .
por la segunda vez hoy me perdiste . . .

CORIFEO. —

Habla de sus desdichas.
Aunque esclava es vidente y profetisa.
(*Epicteto dirá: Unica esclavitud la ignorancia*).

CASANDRA. —

Apolo, Apolo, mi guía,
Dios de mi perdición,
¿a qué lugar me guiaste, a qué mansión?

CORIFEO. —

¿Ignoras que ésta es la mansión Átrida?
Te lo digo y no digas que es mentira.

(*Versículo alusivo, analogía bíblica*).

CASANDRA. — (*Alucinada, en constante actuación de médium*).

Casa del odio . . . sabe muchos males,
degollación, suicidios,
suelo empapado en sangre . . .

CORIFEO. —

Con olfato canino la adivina
husmea un crimen . . . Lo descubrirá.

CASANDRA. —

¡Oh testimonios irrefragables!

(*Como rastreando huellas invisibles*).

Niños llorosos son degollados . . .

(*Con un grito de horror*).

¡Asa su carne, devórala un padre!

(*El tema del macabro festín de Tiestes será ampliado en el éxodo*).

CORIFEO. —

Son conocidos tus estros proféticos.

Cállanos, por piedad, su eco siniestro.

CASANDRA. —

¿Dioses, qué deparáis?,

¿qué irremediable, qué nuevo mal

para este hogar,

qué atroz, para el que le ama, atroz dolor?

(*Vaticinando la venganza de Orestes*).

Lejos, lejos está su vengador.

CORIFEO. —

Tu postrer vaticinio no comprendo.

El otro sí: lo sabe todo el pueblo.

CASANDRA. —

¡Oh malhadada! . . . ¿Qué harás? . . .

A tu esposo, señor del tálamo,

mientras le lavas tú misma en el baño . . .

¡Horror! ¿Diré lo demás? ¡Muy pronto morirá!

Una mano le asalta . . . se extiende feroz otra mano . . .

(*Figura espectral. Como en sueños Esquilo ve las cosas por rasgos sobresalientes. Lo demás queda borrado. Nos sacude los nervios esa mano*).

CORIFEO. —

Nada comprendo ya. Más que un enigma
tu palabra es oscura y turbadora.

CASANDRA. — (*Lenguaje frenético, imágenes vivas, espiritismo. Su visión es la del delirio. Es el Numen que habla en ella. Sus palabras no son sino el eco de las impresiones que la agobian*).

¡Oh Dioses, oh terror, oh espantosa visión!
Veo de muerte una red . . .
una esposa es la red y la cómplice . . .
Sobre esta progenie, Discordia sangrienta,
levanta tus gritas, arroja tus piedras.

CORIFEO. — (*El Corifeo es el único que dialoga; pero por boca de él habla todo el Coro. Este se expresa con la mirada, con el gesto, plásticamente, en las innúmeras figuras de la danza clásica, móviles o inmóviles. Recordemos la frase teatral corriente: bailar con las manos*).

¡De qué Erinnias el grito funéreo
azuzas contra este hogar? . . . Me espanta tu hablar.
De mi sangre la roja corriente al corazón refluyó.

Así cuando la lanza le infiere ancha herida
siente el hombre apagarse la luz de la vida,
y rápida la Muerte llegar.

CASANDRA. — (*Ahora la revelación asume en la mente de la profetisa atributos teriomórficos. Los personajes de su vaticinio se le presentan metamorfoseados en fieras*).

¡Oh míralos, míralos! . . .
Separa a la vaca del toro . . . Envuéltolo
en los pliegues del peplo,
con sus negras astas le hiere . . . desplómase
aquél en las aguas del baño repleto.
¡Narro la insidia de un baño de muerte!

CORIFEO. —

No presumo de experto en vaticinios.
Pero siniestras tus voces parécenme.
¿Buenas nuevas anunciaron jamás los oráculos?
(*Salpicaduras de amargo humorismo*).
Con funestos presagios
este arte de ambiguas palabras
vierte en el corazón profético terror.

CASANDRA. — (*El Numen le revela ahora que ella también morirá*).

¡Ay de mí, de esta mísera, misérrima suerte!
Mi dolor escancio sobre tu dolor.
¿Por qué aquí me trajiste, oh desdichada?

(*Sus ritmos varían según lo que en el Timeo llama Platón furor divino*).

Los dos moriremos, hoy mismo los dos. . .

CORIFEO. — (*Compara la queja de la lánguida mujer con el canto lastimero del ruiseñor, triste Filomela que llora a su hijo Itis*).

Frenética adivina de tu dolor,
lloras un canto sin diapasón.
Así el rubio, gemebundo ruiseñor,
desdichado corazón,
Itis, Itis suspira en su vida
floreceda
de amargor

CASANDRA. —

¡Afortunado el ruiseñor cantor!
Cuerpo alado los Númenes le dieron.
dulce vida de cantos y de amor.
A mí, sólo me aguarda el duro acero.

CORIFEO. — (*Las palabras de ambos personajes llevan implícitos el tono y la interpretación que deberán darse a cada estrofa*).

¿Quién alienta tu loco furor,
tu punzante alarido?
¿Por qué en atroz y terrífica voz
agolpas estrofas de agudos quejidos?
¿Quién arrastra a los más desdichados caminos,
oh vaticinadora, tu visión?

CASANDRA. — (*Va tejiendo en torno de su destino los recuerdos de su patria perdida y las causas de su ruina*).

¡Nupcias de Paris a su sangre infestas!
Patrio río Escamandro, a tus orillas,
ha poco, adolescente,
yo mísera crecía. . .
De Aqueronte y Cocito en las riberas
pronto seré adivina.
(*Otra mueca de humorismo esquiliano*).

CORIFEO. — (*Contrasta con la inspiración sobrenatural de Casandra el tono humano siempre, desde lo patético a lo satírico, del Corifeo intérprete del alma popular*).

Hablas muy claro ahora.
Puede entenderte un niño.
Muerde mi pecho tu letal congoja:
me quebrantan los ayes y gemidos
con que tu muerte lloras.

CASANDRA. —

¡Dolor, dolor de mi ciudad caída!
¡Praderas de mi padre y sus ganados
para salvar sus torres degollados!
Nada evitó tu estrago, oh patria mía.
Pronto en el polvo, agonizante oveja
recostaré mi ensangrentada oreja.

(Lugar torturadísimo. Traduzco del texto de Ahrens: "Egó de thermón ous taj' en pédo baló". Anterior es la comparación con la oveja).

CORIFEO. — (Con desaliento).

Dices lo mismo que antes.
¿Qué dios mal inspirado
en tu alma ha penetrado,
para que cantes tan luctuosos males?
Tus últimas palabras a descifrar no valgo.

(El Commos ha terminado. Continúa el episodio. Se acalla la música de la paracatalogué. La recitación lírica se vuelve más pausada en el metro dramático del trímetro yámbico en que la présaga Casandra se expresará hasta el final. Ella ha sufrido hasta ahora el influjo de la divinidad reveladora. Entre relámpagos y tinieblas de tormenta ha escuchado azorada el verbo ultrahumano. Sus palabras no fueron sino el grito de congoja de la íntima tortura a que el Numen de la adivinación la sometiera para inyectarle el estro. En la parte que aquí comienza, Casandra es la sacerdotisa, ya poseedora del futuro. Es ella que lo revela a su vez a los Magnates y al Pueblo de Argos. Nadie creerá en su poder mántico, pues así lo quiso Apolo para vengarse del pudor de la infeliz doncella que se negó a pertenecerle. La misma Casandra así lo manifestará a sus oyentes para precaverlos. Estos permanecerán incrédulos. Honda piedad, no obstante, por la desdichada Casandra aflige sus almas, y una turbación inexplicable se apodera de todos. No los afecta el vaticinio, pero su espíritu se inquieta sin que puedan explicarse el motivo).

CASANDRA. — (Avanza resuelta; sus ojos antes ofuscados y delirantes miran ahora las cosas y los seres reconociéndolos).

¡Ya mi furor profético no mira,
como una desposada, de entre el velo!
Claro arroja su soplo al sol naciente.
Nada os anunciaré ya por enigmas.
Se expande hacia la luz, brilla como ola,

un dolor más cruel que otros dolores.
(*Espléndida comparación implícita*).
Mirad cómo rastreo en mi carrera,
sin perderme, al olfato, antiguos males . . .

De esta casa jamás se aleja un coro
concorde en su aspereza y voz siniestra.
Moran en este hogar, ni hay quien las eche,
las hermanas Erinnias, ebria tropa,
cuanta más sangre beben más feroces.
A esta casa no dejan . . . cantan, cantan
su primer crimen . . . contra un hombre escupen
que del hermano profanó la alcoba.

(*Se escupía para repeler el maleficio. La adivina demuestra
no ignorar el primer crimen de Pélope y el incesto de Tiestes*).

¿Falsa adivina voy de puerta en puerta,
o en la meta acerté valiente arquero?
¡No, no! Confiesa, jura que conozco
de esta raza los crímenes provectoros.

CORIFEO. — (*Perplejo*).

¿Mi juramento acaso remediara
males de origen tan profundo? Admiro
que de otro idioma, allende el mar nacida,
lo sepas todo, cual si aquí vivieras.

CASANDRA. —

El adivino Apolo así me inspira.

CORIFEO. —

¿Te amó, le hirió el amor, aun siendo un Numen?

CASANDRA. —

Otrora confesarlo he desdeñado.

CORIFEO. —

Hermano de la dicha es el orgullo.

CASANDRA. —

Me perseguía el Dios con sus deseos.

CORIFEO. —

Según es ley de amor ¿no te hizo madre?

CASANDRA. —

Le prometí . . . pero engañé al Ambiguo.

CORIFEO. —

¿Ya habías adquirido el don profético?

CASANDRA. —

Ya a Troya predecía su infortunio.

CORIFEO. —

¿Y no te castigó el rencor de Loxias?

CASANDRA. — (*Revela su castigo *que causó su perdición y la de Troya*).

¡Desde que le engañé nadie me cree!

CORIFEO. — (*Después de alguna incertidumbre*).

A nosotros verídica pareces.

CASANDRA. — (*El Corifeo la animó: con la esperanza de ser creída invade su espíritu un nuevo estro divinadorio. Quiere ser, explícita, intenta un último esfuerzo: es la postrera vez que el Numen amante y adverso le concede profetizar. Quizá consienta que esta vez sea creída. No le permitió salvar a Troya, mas podría no oponerse a que salve al vencedor de Troya castigando a la adúltera hermana de Helena. Quiere ser explícita, hablar sin enigmas, hasta donde lo permite el furor apolíneo. Comienza de nuevo desde sus raíces. Partiendo del festín de Tiestes, que nadie ignora, intenta acompañar a sus oyentes hasta los secretos del tálamo Atrida, a la vislumbre de los antecedentes abrir ca-*

mino hasta sorprender el futuro inminente, nuevo enemigo que acaba de llegar a las puertas del palacio, desde muy lejos, y que a duras penas trata de contener su respiración afanosa, ocultar su sombra y sus pasos, que no le descubran... sólo Cassandra le está viendo, espiando y quiere denunciarle, desenmascararle... ¿De qué le vale saber y ver, si nadie ha de creerla? ¡Oh virtud y verdad incompresas, a quiénes daréis provecho! ¡Oh Apolo invisible, ella sola, tu víctima, ha de ser tu fiel creyente!)

¡Ay! ¡cuánto de desdicha!
Siento de nuevo estremecerme al soplo
turbador de proféticos anuncios.

Mirad en el palacio... allí... sentados
esos niños... ¿fantasmas del ensueño?

.....
¡El que amarlos debiera les da muerte!

Sus entrañas, su carne, a manos llenas,
¡oh festín del hogar, horrible carga!,
van repartiendo... ¡De ellas come el padre!

Digo que alguien medita su venganza,
vil león, que en el lecho se revuelca
acechando la vuelta de mi dueño...
de mi dueño ¡ay de mí! pues soy esclava.

De Ilíón el vencedor, rey de las naves,
ignora que una perra de ruín lengua,

vocinglera y farsante, le depara,
traicionera como Ates, mala muerte.
Tanto osará . . . Dará la muerte al hombre
una hembra, un monstruo. ¿cómo he de llamarla?
¿Anfesibena, Escila que entre escollos
se anida, perdición del navegante?
¿Sacerdotisa de Hades que respira
guerra contra su hogar? Pérfida en todo,
grita como guerrero en la victoria,
finge alegría al ver que sano vuelve.

(Desesperadamente).

Que yo a nadie convenza nada importa.
Lo que ha de ser será.

(Al Coro).

Tú que me escuchas,
pronto en llanto dirás que no he mentado.

CORIFEO. — *(Evocando azorado)*.

¡Festín de Tiestes!!
¡Devoró a sus hijos!

Hasta aquí entiendo. . . tiemblo. . . me estremezco:
oigo verdad de horror no imaginario.

Mas allá no te sigo. . . el rumbo pierdo.

CASANDRA. — *(Con un grito)*.

Digo: verás de Agamenón la muerte.

CORIFEO. — *(De súbito sale de su estupor. Pero Apolo le invade, encegueciéndole ante la luz de la verdad que Casandra en*

vano revela. El Numen fatídico triunfa en su rencor volviéndose antifatídico. Anula aduerso las revelaciones de la otrora virgen reacia. En la voz y el gesto de incredulidad del Corifeo se refleja en eco y sombra la concordancia de los Argivos. Arrojan su anatema de apedreo contra la falsa adivina).

¡Calla, calla, infeliz... cierra la boca!

CASANDRA. — *(Su clarividencia y su ímpetu no desfallecen).*
No hay Peán que lo salve de lo dicho...

CORIFEO. — *(Interrumpiéndola).*
si lo dicho es verdad... ¡Que así no sea!

CASANDRA. —
Tú en vano rezas... ¡mientras ellos matan!

CORIFEO. —
¿Quién podrá perpetrar el regicidio?

CASANDRA. —
Muy mal mis vaticinios interpretas.

CORIFEO. —
Del matador la trama no comprendo.

CASANDRA. —
¡Cómo... si en habla helénica te hablo!

CORIFEO. —
También Febo habla en griego y no lo entiendo.

CASANDRA. — *(Todo está perdido. Su palabra no será creída. No podrá salvar a Agamenón, no valdrá a invalidar el puñal de la adúltera. Aparece ante sus pupilas vaticinadoras su propia muerte, que también nadie podrá evitar).*

¡Ay! . . . ¡ay! ¿qué fuego en mis entrañas fluye?
¡Licio Apolo! . . . ¡Oh dolor . . . oh desdichada!

(El fantasma theriomórfico de Clitemnestra vuelve a amenazarla).

¡Leona de dos pies, ausente el noble
león, yace en su alcoba con un lobo!
Me dará muerte. En común daño y mío,
la pócima del odio va filtrando.
Contra el esposo afila el hierro . . . jura
que ha de matarle porque aquí me trajo.

(La visión de su muerte se asocia a la de Agamenón).

¡Para mayor escarnio llevo el cetro,
y en torno al cuello la apolínea venda!

(Desgarra sus insignias y las ínfulas de profetisa que ciñen su cuello).

¡Muy próxima a morir os despedazo!
En mal hora caed: ya he de seguiros.
A otra, no a mí enriqueced en llanto.
Siento que el mismo Apolo me despoja
de sus insignias. ¡Numen, tú me viste
renegada de amigos y enemigos
a pesar de tus sacras vestiduras!

Vagabunda llamáronme, mendiga,
famélica, demente. Esto he sufrido.

(La venganza de Apolo ha sido inexorable).

El adivino, que hízome adivina,
me arrastra a mi desdicha postrimera.
No el patrio altar . . . me aguarda un cipo, un tajo,
cálida, roja sangre . . . un sacrificio . . .

(La ulterior tragedia de los Atridas le es revelada. Sobre el cadáver de Agamenón se yergue la figura obsesionada de Orestes).

Pero no moriremos sin venganza.
Surge de estas cenizas justiciero
un matricida, vengador del padre.
Errante, desterrado de su patria,
coronará un horror con más horrores.
¡Volverá! . . . Lo juraron los Celestes.
El paternal espectro aquí le atrae.

(Ya no teme la muerte; hartos fueron sus dolores).

¡De qué me quejo, mísera, y lamento?
Si a Troya vi sufrir lo que sufriera,
si por juicio fatal de los Eternos
contemplo ahora al vencedor vencido,
yo también entro, me resigno y muero.

(Mira las puertas del palacio, que le parecen las del obscuro más allá).

¡Oh puertas, para mí puertas del Hades!
Certo, mortal golpe es lo que imploro:
sin estertor, fluyendo ancha la sangre,
cierre mis ojos la serena muerte.

(La Euthanasia de los justos es aquí martirio. La religión de Esquilo está impregnada de Orfismo).

CORIFEEO. — *(Interpretando la angustia de todo el Coro).*

Mujer que sufres mucho y mucho sabes,
larga senda corriste . . . Si conoces
tu Destino, ¿por qué, como devota
víctima, al ara con valor caminas?

(Pero Casandra, aunque presiente su destino, no puede evitarlo. No se diferencia en esto de los hombres ni de los dioses. Afrontará la muerte con valor).

CASANDRA. —

Inútil fuera huir. éste es mi día.

CORIFEO. — (*En vano esgrime sus sentencias para disuadir a la adivina de su resignación a la muerte alevosa*).

Si el último ha de ser, es más precioso.

CASANDRA. — (*Con firmeza*).

El último... no vale postergarlo.

CORIFEO. —

Es tu valor que inspira tu paciencia.

CASANDRA. —

Morir valientemente es don del cielo.

CORIFEO. —

Nadie así piensa si dichoso vive.

CASANDRA. — (*Avanza algunos pasos hacia la puerta: luego se detiene despavorida con un grito ahogado*).

¡Ay de ti, padre, y de tus nobles hijos!

(*Olvida la fatal suerte que la espera, y sólo compadece la de Agamenón y de su malhadada prole*).

CORIFEO. —

¿Qué tienes? ¿Retrocedes espantada?

CASANDRA. — (*Con mayor grito en anacrusis*).

¡Ah! ¡Ah!...

CORIFEO. —

¿Por qué gritas?, ¿qué horror turba tu mente?

CASANDRA. —

Exhala este palacio muerte y sangre.

CORIFEO. — (*Refiriéndose a los sacrificios de bueyes y ovejas en el palacio, ya anunciados por Clitemnestra*).

Aroma de humeantes sacrificios . . .

CASANDRA. —

Es el hálito helado de un sepulcro.

CORIFEO. — (*Ella desvaría, así piensa el Pueblo, no hay duda. Quizás el latigazo de una ironía pueda volverla a la razón*).

Cierto es más rico tu perfume sirio.

(*Aromas famosos los de Siria. Casandra es la real y hermosa adivina, perfumada mujer de Oriente, de la cual su madre Hécuba en la tragedia homónima de Eurípides dijera a Agamenón: ¿Qué premio das por ella, por tan dulces vigiliyas y por tantas caricias que en el lecho te prodiga?*).

CASANDRA. — (*Casandra no oye: nada le importa la referencia a los afamados perfumes y adornos. En un máximo esfuerzo se encamina nuevamente hacia el umbral del palacio, siempre llorando las comunes desdichas*).

Entro . . . no callo . . . lloraré mi muerte
y la de Agamenón. ¡Oh vida, basta!

(*Presa de nuevo terror*).

¡No, no, huéspedes, no!
No es fútil mi terror . .

(*No tiembla sin razón como tímidaavecilla*).

No tiemblo como el ave en el zarzal .

Muero. Sedme testigos.
Con su muerte
una mujer y un hombre vengarán
mi muerte y la de un hombre mal casado.

(El ciclo de sus vaticinios se cierra con la visión del castigo de la adúltera y de Egisto. Casandra no será creída sino después de muerta. Que no se olvide lo que ha predicho es el único presente, "xenion" llamábasele, que pide en esta fatal hospitalidad).

Otro regalo de hospitalidad
no ha de exigir la moribunda huésped.

CORIFEO. —

¡Mísera, compadezco tu destino!

CASANDRA. — *(Invoca al padre Helios, que madura todas las justicias).*

Yo misma cantaré sobre mí misma
mi invocación mortuoria. ¡Oh luz postrera
de Helios, concede que los vengadores
de un padre, también venguen a esta esclava!

(Su postrera plegaria la pronunció a favor de sí misma).

¡Mísera esclava soy . . . soy fácil presa!

(Se precipita y atraviesa los umbrales. Aumenta por momentos el vaho y el humo de los sacrificios. Casandra ha desaparecido, torbellino viviente de los más infaustos presentimientos. Estos ahora se hacen más creíbles. Su veneno empieza a roer las entrañas. Nadie duda ya de que algo espantoso se cierne en el ambiente. Pero todo es incubo, como en un pavoroso sueño en este teatro espectral de Esquilo; espectro en pleno día, como dijera el mismo poeta. Todas las manos se tienden y todas vanamente hacia el vacío. Un velo hipnótico

ha envuelto la mente. La acción no consigue erguir su columna vertebral por sobre el montón de las almas caídas. El Corifeo deja oír su voz en la sentencia, sublime según Longino).

CORIFEO. —

¡Oh vanidad de las humanas cosas!
Felicidad es una sombra, un cuadro,
que la desdicha, húmeda esponja, borra.
Este dolor implora eterno llanto.

(El Coro reinicia el melólogo. Los Magnates irán alternándose en la recitación de las sentencias: algunas de éstas las dirán conjuntamente, asociando sus voces. El ritmo musical será grave y su color discordante, dentro de los genuinos modos griegos, voces humanas y de la Naturaleza, sin retórica ni énfasis, sinceras y emotivas).

CORO. —

De todo bien el hombre es insaciable:
ni en la mansión más rica y más pudiente,
del dedo de las gentes señalada,
hay quien le grite a la Fortuna: No entres.

(El Sol declina, para hallar en el ocaso su trágica apoteosis. El Coro es una enorme caravana sedienta y transida, que busca en vano un oasis. Sus palabras son pausadas, afanosas, enfermedades).

CORO. —

Oh Rey, te concedieron los Eternos
que a la ciudad de Priamo derribases

y te honran hoy que al patrio techo vuelves.

Mas si has de expiar el crimen de tus padres

y morir por los muertos,

en venganza

de otras muertes antiguas y funestas,

¿qué mortal, si te mira, ha de jactarse
de haber nacido bajo amiga estrella?

(La caravana tiende su mirada y sus brazos desesperadamente, impotentemente, hacia su oasis inalcanzable, hacia el palacio Atrida, mientras la paracatalogué se extenúa en sus últimos acordes).

INTERVALO

EPISODIO V

(El intervalo no lo es de acción ni de tiempo: es intervalo rítmico. La unidad anímica del drama griego así lo impone. Esta unidad consta de múltiples cuadros. Cada uno debe ser realizado realizándose por directores y actores su valor original. La tragedia griega es obra ética y estética en la que alcanza su apogeo el aticismo, máximo esfuerzo hacia la armonía metafísica que bien llamaremos divina, en cuanto superación de la humana imperfectibilidad. Fundamentalmente los tiempos de la jornada trágica son tres: mañana (prólogo y párodo), mediodía (episodios, acción), ocaso (éxodo o cuadro final). Vimos, sin embargo, que la unidad de lugar y de tiempo no es racional sino espectral.

Mi versión, reconstrucción y acotaciones tienden a la representación del drama griego ya reiniciada actualmente. No

ignoro qué labor corresponde al helenista como filólogo, sociólogo y arqueólogo.

Quise que mi versión no fuese una autopsia y siempre miré, como operador concienzudo, a que el corazón del paciente siguiera latiendo.

Espiritual, casi incorpórea, de esencia lírica cual la creó Esquilo, la tragedia griega repudia todas las formas espectaculares convencionales. Música, danza, escenografía se inspirarán en el símbolo. Espadas, yelmos, cartos, coronas no han de pesar más que el incienso humeante en la Thymelos. El tiempo imprimió su sello brumoso en el cuadro antiguo. No queramos aclararlo todo. Las sombras nos salvarán de más de un error. Sobre todo del peor: de no seguir soñando con los invisibles brazos de Venus. Miserable la ciencia, si su misión fuera la de negar lo que ignora. La música, inspirada en los modos e instrumentos arcaicos, será la expresión del espíritu sonoro del verso y del pathos, como del gesto la danza, como del Cosmos el paisaje escénico.

Digo esto para el lector. En cuanto a los técnicos, músicos, actores, escenógrafos, coreutas que intervengan en la realización del espectáculo, es indispensable atesoren un caudal especialísimo de saber y de sensibilidad. La fusión de las artes en la Tragedia griega difiere mucho de la que puede observarse en el Cine actual. En éste es sobrepuesta o artificial, es cooperación; la del teatro griego es orgánica o íntima, es fusión vital de las artes.

La hora del ocaso, la última de la jornada trágica, la hora color sangre. La hora, el paisaje, los seres y las cosas tiemblan exhaustos. Es dable imaginar como todos, poseídos por la idea dominante, atraídos hacia el palacio Atrida, se hallan ahora frente a frente al mismo objeto de su angustia, junto a las puertas de bronce. El palacio es un monstruo: sus fauces aun están cerradas. Se levanta macizo cual una sola muralla, como para atajar el paso a todo cuerpo y a toda esperanza. No es la escena que ha cambiado, lo cual no dejaría de ser artificial! Es la posición anímica del drama vivido, que hace merodear alrededor del palacio fatal y al través de la ciudad a los espíritus inquietos del Pueblo, del Coro, actor a la vez y especta-

dor. Todo cambia su posición respecto de lo circundante, visible y también invisible. El palacio persigue a la multitud y ésta al palacio. Los dos enemigos se hallan por fin frente a frente. La música interpretará en conjunto esta acción y estado de espíritu. La escena está desierta. En la Orquesta el Coro, Magnates y Pueblo.

La angustia ha llegado a su paroxismo. Ya no puede contenerse. Va a estallar en un grito; quizá se inicie así el asalto al locúpleto antro de Atreo. Hay un grito reprimido en todos los pechos. En efecto, de súbito, como un rayo, raja el aire un terrible grito. ¿Es de alarma?, piensan algunos. Se hace hondo silencio. Todos escuchan. Llega de afuera o de adentro ese grito? Es de adentro. Es la voz estentórea del rey de pueblos, de Agamenón).

AGAMENÓN. — (*Desde dentro*):

¡Ah!

¡Ah!

Mi corazón

hieren

de muerte . . .

(*Silencio de horror*).

CORIFEO. —

¡Callad! ¿Quién clama mortalmente herido?

AGAMENÓN. —

¡Ay, otra vez!

¡Me hirió un segundo golpe! . . .

CORIFEO. —

Esta es la voz del Rey:
el crimen se ha cumplido.

(*El Magnate Corifeo, en su carácter de suprema autoridad, invita a los otros a deliberar*).

Sin tardar resolved:
tomad algún partido.

(Cada uno de los Magnates expone rápidamente su criterio es un dístico: una prueba más de lo importante que es en la tragedia griega el ritmo, que se pierde en toda versión en prosa y en las de versificación uniforme. El ritmo es la arquitectura del drama griego; se inspira en los cánones de armonía y proporción, fundamento de la "gnome" helénica).

MAGNATE 1. —

Mi opinión os diré: tocad alarma.
Que ante el palacio todo el pueblo acuda.

MAGNATE 2. —

Acudamos nosotros: de los reos
el puñal humeante sorprendamos.

MAGNATE 3. —

Cónsiento en ello: proceder debemos:
hacer, hacer: no es hora de tardanzas.

MAGNATE 4. —

Vislumbro en este trágico preludeo
indicios de inminente tiranía.

MAGNATE 5. —

¡Dudamos! Toda duda pisotean
ellos... su mano y su obra no descansan.

MAGNATE 6. —

Ignoro qué opinión pueda expresaros.
Antes de obrar es menester consejo.

MAGNATE 7. —

Pienso también así. pues no podemos
resucitar al muerto con palabras.

MAGNATE 8. —

¡Toda la vida llevaréis el yugo
de estos profanadores de la estirpe!

MAGNATE 9. —

¡Intolerable! Preferible es muerte:
más que muerte es amarga tiranía.

MAGNATE 10. —

¿Pruebas tenéis? ¿Os bastan sus gemidos
para vaticinar que el Rey ha muerto?

MAGNATE 11. —

¿Antes de que sepáis, por qué afligiros?
Saber y suponer mucho difieren.

MAGNATE 12. (Corifeo). —

Confirmo el voto de la mayoría.
¡Sepamos en verdad del Rey la suerte!

(Cierra el debate el Magnate Corifeo declarando aprobada la opinión de la mayoría, de entrar en el palacio. En efecto, tan sólo tres de los Magnates, el primero, el sexto y el séptimo opinaron en contra. Pausa de incertidumbre. El Pueblo, horro-rizado, no escucha a los Magnates y está por precipitarse aden-tro. En esto, se hace visible el interior del palacio, lo que se rea-lizaba mediante la máquina teatral llamada "ekkyklema", esce-nario giratorio. Todos se detienen ante la actitud imperiosa de Clitemnestra. Esta no se ha movido del sitio en que el Rey cayera. "Estoy donde él cayó", dirá luego. Aparece de pie jun-to al baño de plata en que yace Agamenón muerto; en su puño aprieta la cuchilla ensangrentada; en la penumbra se divisa el cuerpo exánime de Casandra; sobre la frente de la reina man-chas de sangre).

CLITEMNESTRA. —

De cuanto en mi interés ha poco os dije,
lo contrario decir no me avergüenza.

¿Si no cómo consigue un falso amigo
tender la red fatal al adversario,
a la altura que el salto en vano intente?
Odio añejo, que mucho fermentara,
retrasó mi venganza, que ha llegado.

(La premeditación parece una atenuante, dado el odio añejo).

Estoy donde él cayó. Mi obra he cumplido.
Mi trama urdí de modo, lo confieso,
que no pudiese huir ni defenderse.
En una rica, inextricable veste,
como un pez en la red, le envolví todo.
(Muy diversa su tela de la de Penélope).

Así le herí dos veces: con dos gritos
su cuerpo abandonó. Sobre el caído
tercer golpe vibré. . . votiva ofrenda
para el Hades, que salva a los extintos.

(En su ironía compara la tercera cuchillada con la tercera libación, que en los simposios se ofrecía a Zeus salvador).

Así se desplomó exhalando el alma.
Sopla veloz la sangre: es un rocío. . .
Sus negras gotas me salpican. . . gozo
como el trival por la divina lluvia
a la estación del parto de la espiga.
(Sadismo criminal).

Mi victoria sin par; Magnates de Argos,
que os alegréis o no, me enorgullece.
Si libar se pudiese sobre un muerto,
sobre éste hacerlo fuera más que digno.

(Sarcasmo. Según la religión, se derramaban libaciones sobre las víctimas de los sacrificios y sobre las tumbas y también sobre los mismos muertos; pero en este último caso, sin libación de los sacrificantes).

La copa del dolor por él colmada

tuvo a su vuelta que apurarla él mismo.
(*Venganza*)

CORIFEO. —

Horroriza la audacia de tu lengua.
¡Diste muerte a tu esposo. . . y te glorías!

CLITEMNESTRA. —

¿Como a necia mujer queréis tratarme?
Todo os diré con firme pulso. Oídme:
me es igual que me alaben o condenen.

(*Señalando el cadáver*).

Este es Agamenón, mi esposo, muerto
por obra de mi mano justiciera.
Tal es mi hazaña, tales son los hechos.

(*Su alma lijosa se enardece ludiendo mal con mal*).

CORIFEO. —

¿Qué ponzoñoso manjar
criado en la tierra probaste,
qué funestas pociones del líquido mar
te llenaron de maldición?
Has herido y degollado, ¡oh criminal!
Te condenan al destierro el odio, el rencor.

CLITEMNESTRA. —

Me juzgas digna del destierro, digna
del odio y maldición de los Argivos.
Pero de nada acusas al perverso,
que como a vil oveja, cuando tantas
de amplio vellón poblaban sus praderas,
sacrificó a su hija, a mi querida
hija. . . ¡para aplacar los tracios vientos!
¿A él no le desterraste por su crimen?
¿Juez severo serás contra mí sola?
A tu amenaza mi amenaza opongo.

- Combatiremos con las mismas armas.
• Sólo si triunfas me dirás: lo mando.
Pero si Zeus me otorga la victoria
te enseñaré, aunque tarde, a ser sensato.

CORIFEO. —

Orgullosa es tu pensar,
tu palabra es altanera;
el furor del estrago en ti delira;
manchas de sangre tu mejilla infectan:
sin honra, sin amigos
la muerte con la muerte pagarás.

(El Corifeo, en nombre de los Magnates y del Pueblo, quiere aplicar a la Reina la bíblica ley del talión: diente por diente).

CLITEMNESTRA. —

(La muerte no la amedrenta; pero contra su fantasma la mujer hace surgir la figura de su defensor Egisto. Ya no es la madre que recuerda el sacrificio de su hija Ifigenia, es la amante predestinada, la hija de Tíndaro, la hermana de Helena).

Oíd mi juramento. Por Justicia,
vengadora de mi hija, por Erinnis,
por Ates, que ayudáronme a matarle,
no temo invada esta mansión el miedo,
mientras encienda de mi hogar la llama
Egisto . . . y me ame como me amó siempre;
él, mi escudo capaz contra la audacia.

(Alcanzando de una sola mirada los cadáveres de Agamenón y de Casandra).

Mirad tendido al hombre de mi oprobio,
¡delicia bajo Ilión de las Criseidas!
Mirad con él la esclava, la adivina,
la fiel concubina de sus noches,
la profetisa que con él hollara

los puentes de las naves . . . ¡Lo merecen!
¡Es él! . . . Es ella, que cantó cual cisne
el postrer canto, el canto de la muerte,
ella su amante, que aquí yace yerta
y acrecienta el placer de mis placeres.

(Violentamente ha resumido todos los motivos de la tragedia: odio de madre por la inmolación de Ifigenia, celos de esposa, antigua maldición, pasión por Egisto).

COMMOS INTEREPISODICO

(El Rey ha muerto: hay que honrar al Rey con las sagradas exequias. Así lo exige la Religión. Sin los fúnebres honores su alma no tendrá la paz eterna. Se inicia aquí el Commos llamado interepisódico, pues se intercala a la acción dramática o episódica. Además este Commos por su fondo y forma es un Threnos, un Epicedio, canto y ceremonia de funeraria expiación. Es originalísimo. El Coro niega a Clitemnestra el derecho de participar en las exequias. La Reina no se aparta, honrará al Rey pero sin llorarlo, pues afirma ser la encarnación del Destino, Alastor, Ates, Ares, Erinias, Moiras, de la Eimarmene y Pepromene, Némesis vengadoras. Necesita aplacar el Coro de las Furias que mora en el hogar de los Plistenidas o Atridas. Macabra es esta disputa entre los Magnates, el Pueblo y la Reina ante los cadáveres de Agamenón y Casandra.

El Commos señala el momento en que la emoción mélica de la orquesta invade la escena. El drama se torna del todo lírico. Nada más espectral que este Commos. Como en el íncubo de un sueño aparecen a grandes rasgos, corporizadas en imágenes aterradoras y se graban en nuestros nervios, las causas más remotas de la fatalidad que abrumba a las dos estirpes de Agamenón y Clitemnestra, de los Pelópidas y Tindáridas. Es la atávica materia de cantos populares, siempre en evolución desde la Biblia, Homero, Hesiodo, Stasinus y los cíclicos hasta Stesícoro y Píndaro, trágico folklore interpretado y vivido por la raza de los Dánaos, marinos y aventureros.

Al horror por la muerte del Rey suceden la angustia y el dolor: es el llanto que brota, es la expresión mélica que deja caer sobre el despojo del héroe el sudario de la reverencia y la tea

lacrimosa del pueblo amante. Este se inclina ante la obra irreparable del Destino, pero no deja de acusar a Clitemnestra. Es la asesina, y en vano intentará presentarse como vengadora de los amores ilícitos del Rey y del sacrificio de Ifigenia.

Esta composición lírico-dramática, que es otro magnífico alto relieve, consta de tres estrofas y tres antistrofas, de tres partes cada una. Las terceras estrofas y antistrofas no corresponden métricamente a las dos primeras y segundas, pudiendo ser consideradas como un final de carácter epódico, en el que se acentuará la pasión de los temas en los ritmos ora alternados, ora concomitantes de la danza, la declamación, el canto y las paracatalogués; todo lo cual, lo mismo que en la antigüedad, queda librado al genio del reconstructor musical, escénico y coreográfico, siempre de acuerdo con mi teoría del espectáculo de teatro griego sobre armónica fusión de las artes. Es un cuarteto en que intervienen el agonista, que en este caso es Clitemnestra, los dos hemicoros y el Corifeo, con sus leitmotiv o estribillos. De éstos en nuestro Commos es dable señalar tres, cuyos primeros versos son: "Oh Helena, Helena insensata, etc.", "Oh mísero, mísero Rey, etc." y "Tierra, tierra, etc.", respectivamente. También Clitemnestra, lo mismo que el Coro, alterna logaédicos y anapestos en este canto amebeo).

Estrofa I

CORO. —

¿Por qué rápida, sin mucho dolor,
sin antes postrarme en el lecho,
no llegas, oh muerte, y me das
el sueño infinito de la eternidad?
¿No ves que ha muerto mi dulce señor,
que tanto sufriera por una mujer?
¿Por una mujer la vida perdió!

¡Oh Helena, Helena insensata,
tú sola a cuántas, a cuántas
vidas en Troya perdiste!
A tantos torrentes de sangre
la sangre inexpiable

del Rey añadiste.
Se ocultaba en su mansión
el odio que le mató.

CLITEMNESTRA. —

Por tu pesadumbre no invoques
a las Moiras de muerte;
contra Helena tus iras no arrojes;
no la llames flagelo de hombres;
no digas que ella sola perdió
a muchos héroes Dánaos, entre horribles dolores.

Antístrofa I

Fatal Genio, que sobre esta casa
y los dos Tantálidas caes,
como tú despiadada es el alma
de esta mujer que tú invades.
El corazón me muerde
ésta, que sobre el cadáver,
como cuervo enemigo se yergue,
y entona altanera su himno execrable.

*(También Clitemnestra en vez de nombrar a Agamenón
dice más de una vez despectivamente: éste . . .).*

¡Oh Helena, Helena insensata,
tú sola a cuántas, a cuántas
vidas en Troya perdiste!
A tantos torrentes de sangre
la sangre inexpiable
del Rey añadiste.
Se ocultaba en su mansión
el odio que le mató.

CLITEMNESTRA. —

Hacia la verdad tu labio diriges
ahora que acusas al Genio funesto
de esta tres veces mísera stirpe.

Es él, que en sus venas el ansia de sangre
nutre, y fecunda
dolores antiguos con nuevo dolor.

(Esquilo grabó en su Clitemnestra el antagonismo entre espíritu y materia, dualismo ineludible, inconciliable, Destino de nuestra naturaleza, transacción de la vida para la vida).

Estrofa II

CORO. —

Evocas al grande Genio del odio,
que en esta mansión con ira profunda
un surco insaciable
de horrores abrió.
¡Oh Zeus, oh Zeus,
causa de todo, de todo Hacedor!
¿Sin ti los mortales qué pueden hacer?
¿Qué puede existir sin tu permisión?

¡Oh mísero, mísero Rey!
¿Cómo te lloraré?
¿Qué te dirá mi amante corazón?
Yaces en una tela de araña,
muriéndote de muerte sin honor.
En tu tálamo innoble, oh desgracia,
con dolo y dolor,
la bipenna veloz te postró.

CLITEMNESTRA. —

(Afirma una vez más su principal desdoblamiento. El Destino la utilizó para sus designios. Otro ser actuó en ella).

Pregonas que es mío este crimen;
mas no piensas que esposa
yo soy de Agamenón.
¡yo la esposa! . . . Mi forma asumió

el espectro de Alastor,
vengador del maldito convite de Atreo;
con la sangre de un adulto, de un reo,
de los niños la sangre inocente vengó.

Antístrofa II

CORO. —

Que eres pura de esta sangre
¿quién lo atestiguará?
¿Cómo? . . . ¿Cómo? . . . De los padres
el Numen vengador acudirá.
Arrecia en las rojas corrientes
de consanguíneas muertes
el negro Ares; doquiera que avance
al grumo el grumo del estrago añade.

¡Oh mísero, mísero Rey!
¿Cómo te lloraré?
¿Qué te dirá mi amante corazón?
Yaces en una tela de araña
muriéndote de muerte sin honor.
En tu tálamo innoble, oh desgracia,
con dolo y dolor,
la bipenna veloz te postró.

CLITEMNESTRA. —

¡Innoble parécete.
injusta su muerte!

(Se la ve transfigurarse, es su fantasma que habla).

¿No es él que la insidia
nos trajo de Até?
¡Oh flor de su germen, brotada en mi entraña,
mi dulce Ifigenia, que tanto lloré!

El mal que nos hizo pagó con su sangre,

eterno en el Hades martirio tendrá:
el mal que nos hizo pagó con su sangre,
con muerte la muerte vengó mi puñal.

Estrofa III

CORO. —

Dudoso, obcecado
y en áspera cuita
no sé dónde huir. El palacio derríbese.
¿Qué trueno me aterra? ¿Qué lluvia de sangre
va hundiendo los muros?

*(Entre fulgores de tormenta también el Coro magnetizado
se expresa como en un delirio).*

La lluvia de sangre arreció . . .
Ya en otra roca las Moiras afilan
para otra venganza de Dike el puñal.
Tierra, tierra, ¿por qué no enterrarme,
antes que viese a mi Rey
tendido en su lecho de muerte, en su baño de plata?
¿Quién podrá sepultarle y llorar sus exequias?

(A Clitemnestra).

¿Serás tan osada que sobre el cadáver
del esposo por ti degollado derrames tu llanto;
y al alma de quien por tu mano cayera
tributes odiosa, sacrílega ofrenda?

(Mirando hacia el muerto Rey).

Tu fúnebre elogio, divino varón,
sólo ha de cantarlo
con lágrimas puras un leal corazón.

CLITEMNESTRA. —

Sobre esto no falles; no es tuyo el cuidado.

Por mí cayó, murió:
también por mí debe ser sepultado.

(*Le honrará sin llorarle. ¡Que le llore Ifigenia!*).

Sola Ifigenia, su hija, que mucho ha de amarle,
vaya, cual debe, al encuentro del padre,
a orillas del rápido río del dolor;
le ofrezca sus brazos, su beso de amor.

Antistrofas III

CORO. — (*Reconoce las culpas de Agamenón*).

Tu crimen a su crimen sucedió:
es difícil juzgar.
Hurto por hurto, muerte por muerte:
ésta es la ley. Mientras gobierne Zeus,
el que hace el mal, el mal pagará.

¿De maldición los gérmenes
quién podrá de esta raza extirpar?
Como su propia sangre
en ella están.

Tierra, tierra, ¿por qué no enterrarme,
antes que viese a mi Rey
tendido en su lecho de muerte, en su baño de plata?
¿Quién podrá sepultarle y llorar sus exequias?

(*A Clitemnestra*).

¿Serás tan osada que sobre el cadáver
del esposo por ti degollado derrames tu llanto;
y al alma de quien por tu mano cayera
tributes odiosa, sacrílega ofrenda?

(*Mirando hacia el muerto Rey*).

Tu fúnebre elogio, divino varón,

sólo ha de cantarlo
con lágrimas puras un leal corazón.

CLITEMNESTRA. —

Tu sentencia alcanzó la verdad.
Os juro, y quiero jurar
por el Genio de los Plistenidas,
que sabré soportar el más insoportable mal.

(No llorará al Rey, mas en súbita reacción está a punto de romper en sollozos. Pero la mujer andróbulo se domina. Toda su turbación se concentra en una invocación al Genio funesto perseguidor de la casa de los Plistenidas. Le ofrece sus tesoros a condición que la libre de su maléfico influjo. Mas no le ofrece su amor por Egisto, único a quien no sabe renunciar).

Deja también que te pida,
oh Genio, abandones, si posible, mi hogar.
Que a otros persiga tu garra sin paz.
De toda riqueza
poca o ninguna quisiera guardar,
con tal que lograrse alejar de mis puertas
las recíprocas muertes, las furias del mal.

(Es el bálsamo de la plegaria, no obstante pronunciada por el ánimo impuro de la adúltera homicida. En verdad, nadie está exento de culpa, ni Argos ni el Pueblo ni Agamenón. Clitemnestra se aparta).

E X O D O

Pausa. Anochece. En la penumbra avanza un espectro: no es del todo hombre ni mujer. Casandra en su delirio le llamó lobo vil. Es Egisto. En esta tragedia, que en el tríptico de la Orestíada se define como el episodio de la sensualidad, Egisto es la máscara más repugnante. Todo es sensual en esta tragedia. Sensuales son Agamenón y su victoria, su botín de guerra, su Casandra, la sombra viviente de Helena, la sangre de

Ifigenia, el festín de Tiestes, el humo de los sacrificios, las púrpuras y el puñal de Clitemnestra, el Palacio conspirador, el livor de Egisto. Este en la pasión de Clitemnestra ha cimentado su usurpación del trono y de los tesoros del Atreida suplantado y muerto. El drudo quiere ser tirano. Su presencia corta el influjo de paz que emanara de la invocación de Clitemnestra. Este cuadro del éxodo completa la obra en todo su horror. El lobo sale de su cueva donde actuara como urdidor de la red criminal e instigador de muerte. Enfático, hipócrita, muñeco grotesco, pretende imitar a Clitemnestra. Como ésta para justificar su delito ha recordado además de las relaciones de Agamenón con la Criseida y con Casandra el sacrificio de Ifigenia, así Egisto empieza por el relato de la venganza de que fué objeto su padre Tiestes por parte de Atreo, padre de Agamenón).

EGISTO. —

¡Serena luz del justiciero día!
No negaré que Dioses vengadores
desde los cielos por el hombre cuidan.

(Movimiento de repulsión en todos).

En los peplos que urdieron las Erinnias
le contemplo.

(Fija pérfidamente su mirada en el muerto Rey).

¡oh placer! extinto, exangüe...
Tal de su padre la impiedad expía.

(Egisto inicia ahora el relato del festín de Atreo. Pronunciado ante el Pueblo de Argos y sus Magnates, frente al cadáver de Agamenón, hijo de Atreo, constituye una de las evocaciones más terríficas de Esquilo. La luz de véspero ensangrentado, la disposición y expresión de los Coros, tendrán aquí también un valor escenográfico substancial. Representamos tragedia griega en teatros modernos y ante espectadores no por cierto ataviados con quitonios, peplos y fecacias. Ni el edificio ni el público forman parte del espectáculo. En mis reconstruc-

ciones lo único que miro es la obra, rediviva, actuante allá en el hemicíclo de la orquesta, en el logeión y la escena).

De esta tierra señor, su padre Atreo,
contra Tiestes su hermano y padre mío
lidió por el poder . . . y ¡oíldo todo!
le expulsó de su hogar y de su patria.

Suplicante volvió Tiestes un día,
y su hermano juróle respetarlo,
no manchar con su sangre el patrio suelo.
Aquí fué . . .

(Señalando el sitio en que yace Agamenón).

Pero Atreo, el vil perjurio,
el padre de éste, que a mi padre odiaba,
le ofreció, ¡como huésped!, un banquete . . .
le sirvió carne de sus tiernos hijos . . .
De los pies las falanjes, de los dedos
desmenuza, que humanas no parezcan . . .
Tiestes, sin sospechar, comió la vianda . . .
funesta ¡ya lo ves! a los Atridas . . .

(La lengua trabada y seca de Egisto parece no poder continuar la evocación esquiliana, dantesca).

De súbito entendió: se arroja al suelo,
el macabro manjar lanza en un grito,
a todos los Pelópidas maldice,
hunde la mesa de una cox e invoca
que perezca de Plístenes la estirpe.

. . .

Su imprecación ha derribado al reo.
Yo fui digno verdugo en la matanza,
yo de mi triste padre tercer hijo,
a quien él desterró aun en pañales.

(En estas palabras por fatal analogía prelúdiase el tema de la venganza de Orestes).

Hecho hombre aquí condújome Justicia.
La red urdí, aguardé junto a sus puertas,
he sido el zurcidor de su desdicha.

(*Su petulancia atribúyese el mérito exclusivo del asesinato del Rey*).

Hasta morir me es dulce, hoy que en la trama
derribado le vi de mi venganza.

(*Los versos con asonancia pareada, empleada también por los griegos, díganse con amplias cesuras*).

MAGNATES. —

Jactarse de un delito es repugnante.
¿A sabiendas le has muerto? ¿Así lo afirmas?
¿Has tramado tú solo el plan infame?

(*Señalándolo al Pueblo que rodea el Palacio*).

Pues escucha. Condeno tu cabeza
a la ira popular, al apedreo.

EGISTO. — (*Imperturbable*).

¿Hablas así... tú, el ínfimo remero
de esta nave? El timón está en mi puño.
Sabrás cuán duro es en la edad proveccta
aprender por la fuerza de los hechos.

(*Con avieso cinismo*).

Hierro, ayuno serán médicos sabios,
que a los ancianos la cordura enseñen.
¿No ves lo que estás viendo? No des coces
al aguijón, que a quien lo toca hiere.

MAGNATES. — (*Escarneciendo a Egisto*).

Mujerzuela, que el tálamo manchaste.

OTROS. —

Al volver de la guerra el noble esposo
muerte innoble a traición le deparaste.

EGISTO. — (*Siempre amenazador tan sólo contra los ancianos y débiles Magnates, se esfuerza por rebatir sus argumentos y afrentas, tratando aunque en vano de granjearse la voluntad del Pueblo, que se halla frente al dragón flamígero, al Palacio, mudo personaje de la Orestíada*).

Llanto te causarán esta palabras.

(*Disimulando su ira, irónicamente*).

Es contraria tu voz a la de Orfeo.
Su dulzura atraía y alegraba;
tú te atrajiste el mal con tus ladridos.

(*Habla siempre a los Magnates en singular, como a una sola persona, pues todos representan y expresan un solo símbolo, uná sola entidad, la del Coro*).

En mi poder parecerás más blando.

MAGNATES. — (*Todos al unísono le echan en cara su cobardía. ¿Por qué no mató a Agamenón frente a frente?*).

¿Mi Rey serás, señor de los Argivos,
tú que contra mi Rey la trama urdiste,
sin osar darle muerte con tu mano?

EGISTO. — (*Cínico*).

Para envolverle... fué mejor su esposa.
Tiempo ha que él sospechábame enemigo.

(*Drudo, ladrón*).

Dueño de sus tesoros, dominaros
conseguiré...

(*Tirano*).

Bajo mi firme yugo
no podrán como potros en pradera
retozar los rebeldes. . .

(*Verdugo*).

Amansados
los veréis por el hambre y las tinieblas.

MAGNATES. — (*Conocen por fin toda la verdad del crimen. Conocen la abyección de Egisto por su propia revelación. Ya no se contiene su indignación. Las palabras de ludibrio y de lodo brotan de sus labios como ponzoña, acusándole una vez más ante el Pueblo y señalándole a su vindicta, conjuntamente con Clitemnestra*).

¡Oh tu ánimo cobarde! Por ti solo
que le ibas a matar. . .

(*Señalando a Clitemnestra*).

¡Mujer impía,
oprobio de esta tierra y de sus Dioses
fué la homicida. . .

¿Vive aún Orestes?

(*Se oye el eco repitiendo a lo lejos insistentemente: ¡Orestes, Orestes!!!*).

¿Ve la luz de este Sol? . . .

(*Pausa. Casi aguardando contestación*).

Que pronto vuelva,
pronto. ¡¡¡A los dos de un solo golpe aterre!!!

(*La sombra del futuro Orestes aparece y desaparece en un abrir y cerrar de párpados en todas las retinas, adorada por unos, aborrecida por otros, antagónicamente perturbadora*).

COMMOS FINAL

(El Pueblo ante los hechos y las palabras de los Magnates amenaza el Palacio y se agita en tumulto. Rumor de armas, gestos y gritos de conminación son el preludeo sinfónico del combate que estalla, como incendio, de improviso, después de la pausa en la que todos miraran absortos hacia la fugitiva sombra de Orestes. Egisto lee rápidamente en los ojos del Pueblo la intención del asalto, y tembloroso de ira y de terror da la voz de alarma a sus satélites, corriendo de un lado a otro. Hasta el final todo se ejecutará sobre paracatalogué, de intensidad consona con el momento del drama y el ritmo agitado, galopante de los tetrámetros trocaicos catalécticos).

EGISTO. —

¿Qué dices, qué pretendes? . . .

(Sin detenerse).

Ya, ya comprenderás . . .

(Con un grito).

¡Ea, mis fieles guardias!

¡Las armas aprestad!

(Del antro rojizo, como espectros del Erebo se ven surgir, casi por encantamiento, contra el Pueblo y los Magnates, sicarios de negra vestidura. En este Commos final, también originalísimo, no asistimos a lamentaciones; nadie se golpea el pecho en acto de contrición; sólo chocan espadas, insultos).

VOCES PROMISCUAS. —

¡Al aire los aceros!

¡En guardia cada cual!

(Egisto retrocede dejando paso a sus esbirros que arremeten contra los Magnates, mientras entre el Pueblo y los guar-

días se traba violenta pelea. El cuadro será armónico, y dentro de la fusión artística tendrá carácter marcadamente simbólico. Este carácter de símbolo se irá acentuando hasta el final del drama. En la matanza, hasta en el insulto grosero será el espíritu que intervendrá, casi exento de peso y articulaciones corpóreas, de acuerdo insisto con el arte espectral de Esquilo, cuyo genio en un particular ve lo general siempre; más que como un hecho tué, lo imagina como pudo ser; escribe como en éxtasis, y no para una sola generación de hombres mortales; extrae de todo ser lo substancial, lo eterno).

EGISTO. —

Mi espada está en mi puño . . .

VOCES. —

O morir o triunfar . . .

OTRAS VOCES. —

¡Hablas de muerte! ¡Muere!

OTROS. —

Nuestro el triunfo será . . .

(La lucha arrecia. Los Magnates son arrojados fuera. Frente al Palacio continúa el combate. De súbito corta el aire un grito poderoso, desgarrador, el de Clitemnestra).

CLITEMNESTRA. — *(Corre hacia Egisto, como para protegerle, imperativa y suplicante a la vez).*

Egisto, mi Egisto amado . . .

(Todos se detienen: silencio de expectativa: la lucha habrá durado pocos instantes; todos miran hacia Clitemnestra. Esta repite).

Egisto, mi Egisto amado,
no inflijamos otros males;
muchas ya muy tristes mieses
por los dos se han cosechado . . .

(Al Pueblo).

Basta, ya basta de muertes . . .
¿Por qué más sangre verter?
Todos a vuestros hogares
debéis, Argivos, volver . . .

(Clitemnestra es en verdad la que más sufre. No castigó en Agamenón ni el sacrificio de su hija, ni sus adúlteros amores. Lo sabe. Mató para librarse de él, porque ama a Egisto. Esta es su pasión, tenaz como su voluntad. Por este amor se ha desdoblado, pluralizado, enloquecido. Hoy se teme a sí misma, empieza a verse monstruosa. ¿Seguirá amándola Egisto? Sobre él se despedazó su nave. Fué su escollo. Deberá ser su roca de salvación).

No sufráis, no hagáis más daño . . .

(Dolorosamente).

Guió mi venganza el Destino.
¡Ojalá que el fin llegara
del doloroso camino,
que los Númenes airados
me mandaron recorrer . . .

(Desfalleciente).

Obedeced el consejo
de esta . . . afligida . . . mujer . . .

EGISTO. — *(Es por ahora el único vencedor. Ha vengado a su antepasado Tiestes, usurpado el trono, los tesoros y el tálamo de Agamenón. Es el único vencedor ileso. Su orgullo y la embriaguez del triunfo le hacen irreductible ante cualquiera concesión).*

(Con escarnio).

¿Permitiré que en sus labios

maduren viles injurias?
¿Que con su grito provoquen
contra mí todas las Furias?

(*Con altanería, al Pueblo*).

¿Toda prudencia perdisteis?
¿No soy yo vuestro señor?

TODOS. —

Nunca podrán los Argivos
¡respetar a un malhechor!

(*Vuelven a asaltar la áurea caverna. Los negros satélites los contienen. Al mismo tiempo las gigantescas puertas de bronce del Palacio lentamente van cerrándose, ocultando poco a poco la horrorosa visión. Últimos entre las últimas invectivas, que todos arrojan como piedra y lodo, desaparecerán los rostros contrahechos y agónicos de los dos protagonistas. En derredor resuenan confusos y rapidísimos los compases sarcásticos de los tetrámetros trocaicos*).

EGISTO. —

Lograré que pronto llores,
que altanero no contestes . .

VOCES PROMISCUAS. —

No podrás . . . si otorga el cielo
que en llegar no tarde Orestes . . .

EGISTO. —

Bien lo sé: los desterrados
se alimentan de esperanzas.

VOCES. — (*Contestando su ironía, villanamente*).

Mientras puedes, anda, engulle,
pisotea cuanto alcanzas . . .

(*Esquilo, Dante y Shakespeare, sublimes hasta en lo grosero*).

EGISTO. —

De vosotros cada uno
su insolencia pagará.

VOCES. — (*Bofetada*).

Te glorías como el gallo
junto a su hembra . . .

TODOS. —

(*Carcajada*).

¡Ah, ah!

(En esta tragedia del odio no aplacado única Cátharsis es el desahogo del impropio. Las Euménides dirán la última palabra. En el espacio aun abierto, entre las dos hojas de la iiránica puerta, se ve a Clitemnestra abrazando amorosamente a Egisto).

CLITEMNESTRA. —

¿Qué te importan sus ladridos?
Mío, tuyo es el poder.
Yo y tú en nuestra morada
todo lo hemos de vencer . . .

(La puerta se ha cerrado. Por ahora el Destino no permitirá que sea violentada. El Pueblo golpea en vano sus puños. Van retirándose. El huracán se aleja; el ronco estertor muere).

LA JORNADA TRÁGICA HA TERMINADO

LACIS EXESIS

LEOPOLDO LONGHI.